

## Capítulo 32: El comienzo de las pruebas (1830)

A finales de julio de 1830, el P. Chaminade fue a Agen para presidir, con monseñor Jacoupy, la elección de la Superiora general de las Hijas de María. Un día que entraba en el convento hacia mediodía encontró a la puerta al joven secretario del obispo, el P. Guyon de Bellevue<sup>1</sup>, que le esperaba, y le dijo: «Padre, París está en revolución: el rey ha retirado las ordenanzas» - «¿Ha cedido!», dijo el anciano, profundamente apenado por esta actitud de la autoridad abandonada a su suerte. De un golpe de vista, vio, en dolorosa perspectiva, el vuelco de todos sus planes de apostolado, en el momento en que ya tocaba su realización, la destrucción de la última barrera opuesta al liberalismo, una derrota de la religión, cuyas consecuencias podían ser incalculables.

No había en Francia un hombre de sentido que no temiese desde hacía tiempo ver llegar este desastre. La correspondencia del P. Chaminade está llena de este presentimiento. Seis meses antes decía al P. Lalanne<sup>2</sup>: «No hay que perder de vista, querido hijo, que andamos sobre volcanes y que podemos probar, quizá incluso muy pronto, agitaciones terribles. Sigamos, pero con una gran prudencia». En abril de 1830, cuando la firmeza de los ministros inspiraba cierta confianza en el futuro, ponía una vez más en guardia al P. Lalanne contra una ciega tranquilidad<sup>3</sup>: «A pesar de la buena actitud del rey, no estamos al abrigo de acontecimientos enojosos». Se confirmaron los temores cuando París se cubrió de barricadas, cuando la revolución, que se propagó por Francia y repercutió en todos los países de Europa, pareció sacudir las bases mismas del orden social, confundiendo en un mismo odio al trono y al altar.

El P. Chaminade tomó el tiempo justo para instalar a la nueva Superiora de las Hijas de María, la Madre San Vicente, que era ya vicaria general del Instituto desde la muerte de la fundadora, y volvió a toda prisa a Burdeos, al centro de sus obras. Pocos días después de su vuelta escribía<sup>4</sup>: «Hasta el presente todo está tranquilo en Burdeos, es decir que no ha sucedido nada que lamentar a ninguno de nuestros establecimientos. Pero yo creo que los problemas de estos tiempos son mucho más graves de lo que parecen. Todavía es casi imposible calcular sus consecuencias. Lo que me ha parecido claro hasta hoy es seguir de la misma manera que en el pasado, hacer que hablen de nosotros lo menos posible, ponernos en evidencia también lo menos posible. ¡Dios sea bendito por todo! ¡Paciencia y sumisión a las terribles disposiciones de la justicia divina!». Viendo la revolución a la luz de la fe, decía<sup>5</sup>: «Es evidentemente un castigo de Dios sobre Francia; todos somos culpables, merecemos ser castigados».

En Burdeos, la calma no duró mucho. La ciudad *del 12 de marzo* tenía demasiados elementos legitimistas para que la revolución gozase pacíficamente de su conquista. Los liberales vigilaban de cerca a los que habían señalado como jefes de la reacción. El P. Chaminade figuraba entre ellos: se sabía que sus principales relaciones eran con el mundo legitimista, y no podía ser de otro modo puesto que era ahí donde se encontraban entonces los hombres religiosos. Se le reprochaba no sólo sus relaciones de Burdeos, sino también la amistad de personajes políticos conocidos, el conde Marcellus<sup>6</sup>, el duque de Montmercy, el conde de Noailles, los dos Berryer, padre e hijo<sup>7</sup>, monseñor de Forbin-Janson<sup>8</sup>, el señor de Portets<sup>9</sup>, cuyo curso en la Escuela de

<sup>1</sup> Guyon de Bellevue fue más tarde canónigo de Agen y durante mucho tiempo capellán de las Hijas de María. Él nos ha dejado este relato.

<sup>2</sup> 4 de diciembre de 1829. *Carta 490, Lettres, t. II, p. 385.*

<sup>3</sup> 12 de abril de 1830. *Carta 518, Lettres, t. II, p. 468.* Las alarmas databan de 1826. En esta época, el comunicante del P. Chaminade en París, O'Lombel, cristiano ferviente y emprendedor, propuso al P. de Lachapelle la erección de una iglesia dedicada al Sagrado Corazón en el lugar en que fue asesinado el duque de Berry. La suscripción para conseguir los fondos habría sido opuesta a la de los liberales para el general Foy. El P. de Lachapelle se asustó del proyecto y disuadió a O'Lombel (Carta de O'Lombel al P. Chaminade, 20 de enero de 1826. *AGMAR 27.1.550*).

<sup>4</sup> A Clouzet, 3 de septiembre de 1830. *Entresacado de la carta 539, Lettres, t. II, p. 504.*

<sup>5</sup> A L. Rothéa, 18 de septiembre de 1830. *Carta 544, Lettres, t. II, p. 511.*

<sup>6</sup> Una carta que le escribió el P. Chaminade en 1830 muestra una cierta intimidad. *Cfr. Lettres, t. II, p. 443.*

<sup>7</sup> Conocemos su relación con los Berryer por una carta dirigida a Clouzet, 27 de marzo de 1831. *Error en el destinatario y en la fecha: se trata de la carta 575, dirigida al P. Lalanne, el 20 de enero de 1831, Lettres, t. II, p. 584.*

derecho acababa de ser suspendido, todos ellos partidarios decididos del rey Carlos X. Además, el solo hecho de ser director de una congregación habría bastado para suscitar sospechas, en un tiempo en que el nombre de congregación tenía el poder de unir a todos los enemigos del antiguo orden de cosas por el odio común que les inspiraba.

En estas condiciones, podía esperarse todo. El P. Chaminade se mantenía a la expectativa un poco desconcertado. Escribió al P. Lalanne el 30 de enero de 1831<sup>a</sup>: «¡Estamos en medio de un mundo tan nuevo! Estoy en Francia casi como en tierra extraña. Ya no sé qué decir y qué hacer. Por mi parte, yo espero que los acontecimientos me lleguen más que ir yo delante de ellos. No tengo otra política que la de recurrir todos los días a la santísima Virgen». Era la mejor forma de asegurarse, como poco tiempo después tendría una nueva prueba de ello.

De acuerdo con los legitimistas de París, los de Burdeos preparaban una manifestación para el 14 de febrero, aniversario del asesinato del duque de Berry. Las pasiones estaban muy excitadas por una incautación de escarapelas blancas, realizada el 11 en casa del joyero Milhac, de la calle Porte-Dijeaux. La ceremonia debía tener lugar en la iglesia Saint-Michel, donde en 1814 había ondeado la primera bandera blanca y donde se reunía una cofradía llamada de los Montuzets, señalada como un foco de carlismo. Fue anulada. Pero la víspera, que era un domingo, una masa agitada entró en la iglesia al final de vísperas y, cuando los chantres entonaron el *Domine, salvum fac regem* acostumbrado, voces amenazantes añadieron, gritando, *Philippum*. Se produjo un tumulto en la iglesia y, como consecuencia, al día siguiente, un paseo popular por la ciudad y una caza de las insignias del régimen caído, es decir de las flores de lis que decoraban los edificios públicos.

Pronto se tuvo noticia de los desórdenes ocurridos en París ese mismo día 14 de febrero, el saqueo del arzobispado y el pillaje de las iglesias. Se concluyó que había habido un complot carlista, y de ellos resultó una nueva manifestación menos inofensiva que la primera, porque las iglesias no fueron respetadas: la capilla de los Montuzets, en la iglesia Saint-Michel, fue completamente saqueada<sup>10</sup>. Una operación policial tuvo lugar entre los carlistas relevantes, de los que los periódicos de la época<sup>11</sup> señalaron a «los señores de Gombaudo, Taffard de Saint-Germain, Estebenet y Chaminade».

Era conocer mal al P. Chaminade confundirlo con hombres políticos como Gombaudo y Taffard de Saint-Germain, que efectivamente habían preparado en otro tiempo la vuelta de los Borbones. Poco más o menos por esta época escribía a un ardiente legitimista, esforzándose por separarle de las preocupaciones demasiado humanas de la política<sup>12</sup>: «Tengo por principio que no se debe hacer nada contra un gobierno establecido. Aplicando este principio, he atravesado todas las revoluciones, ocupándome de mi ministerio y de servir al prójimo». Algunos días después empleaba el mismo lenguaje ante el juez de instrucción: «Para mí es un principio de religión y de conciencia someterme al poder establecido y no cooperar en nada que tienda a derribarlo. Si yo hubiera sabido que existía un complot como este del que usted me habla, lo habría censurado».

No se impresionó demasiado por las molestias que tuvo que sufrir. Se puede ver en el tono del relato que él mismo hace pocos días después<sup>13</sup>: «Como consecuencia de los graves movimientos que han tenido lugar en París y que yo ignoraba entonces, tuve una visita muy imponente. En el interior todo se desarrolló con normalidad. En el exterior, unas trescientas o cuatrocientas personas del populacho ocuparon todo el día la calle Lalande. No ha habido ninguna

<sup>8</sup> Se sabe que monseñor de Forbin-Janson no pudo volver a su ciudad episcopal de Nancy, por los violentos prejuicios que había contra él.

<sup>9</sup> El señor de Portets, distinguido jurisconsulto, era el padre de una religiosa Hija de María y hacía numerosos servicios a los dos institutos. *No era el padre, sino el hermano. Cfr. Stefanelli, Joseph, "Las compañeras de Adela", SPM, Madrid 1999, p. 255.*

<sup>a</sup> *Error en la fecha, se trata de la carta 575, citada más arriba en la nota 7, mismo tomo y página.*

<sup>10</sup> Cf. Justin Dupuy, *Vie de M. Dubourg, curé de Saint-Michel*. se ha atribuido erróneamente el incidente del *Domine salvum fac regem* a la jornada del 14. Nuestras indicaciones relativas a estos hechos están sacadas de fuentes muy seguras.

<sup>11</sup> *Indicateur* del 19 de febrero de 1831.

<sup>12</sup> Al caballero de Rubelles, 2 de marzo de 1831. *Carta 582, Lettres, t. II, p. 595*. Adolphe de Rubelles era un ardiente polemista que, a pesar de los consejos paternos del P. Chaminade, se quedó en la política y dirigió el *Journal du Bourbonnais* y la *Gazette d'Auvergne*. Metido en prisión por el gobierno de Luis-Felipe, acababa de salir cuando murió en un accidente de coche, en el mes de octubre de 1843.

<sup>13</sup> Al P. Lalanne, 2 de marzo de 1831. *Carta 581, Lettres, t. II, pp. 593-594.*

consecuencia más que la de tener que reparar los cristales del nº 3<sup>14</sup>, rotos a pedradas y a palos, porque, según me han dicho, un vecino servicial ha proporcionado una escalera y palos; la visita interior no duró más que tres horas y media».

He aquí el detalle de esta operación de la justicia en su domicilio. Era el 18 de febrero, hacia las diez de la mañana. Un sustituto del procurador, llamado Limoges, se presentó acompañado de la fuerza armada y, tras haber hecho colocar centinelas en todas las salidas, entró en la iglesia de la Madeleine, donde el P. Chaminade, sentado en el confesionario, oía a las directoras de la Misericordia<sup>15</sup>. El sustituto enseñó su mandato, que era de hacer una indagación en la casa. Sin mostrar el menor signo de extrañeza, el P. Chaminade invitó a sus visitantes a seguirle. Dice el informe oficial: «Él nos condujo a su habitación situada en la parte de delante de la casa. Nos ha entregado las llaves de sus armarios y escritorios, y nosotros hemos procedido a una visita exacta y escrupulosa de todos los documentos, papeles y cartas que se encontraban en ellos; no hemos visto nada relacionado con el objeto de nuestra visita porque esos escritos se refieren a intereses particulares del señor Chaminade y de la Compañía de la que es Superior. Hemos encontrado además cuatro pequeños medallones que llevan la efigie de la Virgen María y como leyenda: *María ha sido concebida sin pecado original*. Hemos precintado estos cuatro medallones y el señor Chaminade ha firmado al dorso como de costumbre».

Esos cuatro pequeños cartones eran todo lo que la policía pudo encontrar de sospechoso en casa del P. Chaminade. Otros semejantes se encontraron en casa de Estebenet, como se hubieran encontrado en casa de todas las personas religiosas de la ciudad, porque se había tomado la costumbre en Burdeos, sobre todo desde que hizo estragos el cólera, de llevar consigo estos pequeños medallones que pronto fueron reemplazados por la medalla milagrosa. Pero la policía, sospechando que se trataba de una señal de reunión, los incautaba enseguida. El acta de la indagación hecha en casa del P. Chaminade no dice la escena a que dio lugar esta incautación. Pero, desde el día siguiente, todo Burdeos se divertía con ello. Ante los cartones sospechosos, el sustituto había exclamado triunfante: «Aquí está las señales de reunión!». El P. Chaminade le invitó a sentarse y le explicó: «Escúcheme, le voy a explicar lo que significan estos cartones. Usted no ignora que al comienzo del mundo Adán y Eva fueron colocados en el paraíso terrestre en un estado de felicidad». Y, continuando con su lentitud e insistencia acostumbradas, se puso a explicarle el dogma del pecado original y el privilegio único del que María había sido objeto. Estupefacto, el sustituto terminó por exclamar: «¡Pero, señor, vaya al grano!». El P. Chaminade le respondió: «Si usted me interrumpe, será mucho más largo». Desarmado por esta réplica, el sustituto, al que, además de explicaciones, le dijo que los cartones incriminados se encontraban allí desde hacía dos meses y, por consiguiente, no podían tener ninguna relación con un complot reciente, se declaró suficientemente instruido y se fue.

La visita exterior estuvo a punto de ser más peligrosa: con barras de hierro, el populacho intentó levantar la puerta de la iglesia y la del nº 3. No lo consiguió y se resignó a privarse del pillaje de la casa. Dispersado por la policía, se acordó de que había otros *enchaminados*<sup>16</sup> en la calle Tondu y se dirigió allí sin demora. Asaltó a pedradas la casa de Saint-Laurent y hasta hubo un disparo. Felizmente, pasó un destacamento de la tropa y dispersó a la multitud. Los novicios pasaron un gran susto<sup>17</sup>.

La situación era crítica. Los sacerdotes ya no podían aparecer con sotana, y el P. Chaminade tuvo que vestir de nuevo el vestido civil como en tiempos de la gran Revolución<sup>18</sup>. El futuro aparecía amenazador: los disturbios que se producían en toda Francia exigían medidas de

<sup>14</sup> El nº 8 actual. Era la casa del noviciado eclesiástico. *Evidentemente con la apertura de Cours Pasteur en 1902, la situación de las calles es sensiblemente diferente hoy.*

<sup>15</sup> Este dato nos ha dejado una de ellas, señorita Séraphin, muerta hace pocos años. *Para todo este relato del registro de la Madeleine y de las declaraciones ante el juez, ver el artículo del P. Henri Lebon "A Bordeaux, en février 1831..." de l'Apôtre de Marie, 15 de febrero de 1931, t. XXII, pp. 327-332.*

<sup>16</sup> La expresión *enchaminadés* se conserva en el relato dejado por Canette. *AGMAR 17.4.218, p. 2.*

<sup>17</sup> Notas manuscritas de Justin Dumontet, *AGMAR 17.4.299, p. 5*, entonces novicio y testigo de la escena. En el pequeño seminario de la calle Lalande, los novicios estaban ausentes cuando fue invadida la calle. Estaban en clase en el colegio real. Cuando salieron de clase, al encontrar la calle ocupada, se refugiaron en el colegio Sainte-Marie de la calle Mirail.

<sup>18</sup> Parece incluso, si hay que creer a la señorita Seraphin de la Misericordia, que vistió a veces de guardia nacional.

prudencia. El P. Chaminade, en interés de sus obras, optó por abandonar momentáneamente Burdeos. Se quedó todavía algunos días para ser testigo en el asunto de Estebenet y del P. Rigagnon, que habían sido detenidos y tuvieron que liberarlos por falta de cargos contra ellos. El 10 de marzo de 1831 tomó el camino de Agen, con la idea de que esta ausencia no duraría más unas semanas. Duró cinco años enteros.

Al dejar Burdeos, el P. Chaminade no se había formado todavía un parecer definitivo sobre los hechos de julio y sus consecuencias. Al menos no compartía las perspectivas optimistas del P. Lalanne cuyo discurso de reparto de premios, pronunciado en Saint-Remy en agosto de 1830, causó sensación. Preludiando la campaña que iba a iniciar el *Avenir*, el P. Lalanne pretendía aliar la libertad y la religión, lo que en ese tiempo parecía una paradoja. Le escribía el P. Chaminade<sup>19</sup>: «Creo que usted ha redactado ese discurso con intenciones muy puras: ha creído encontrar el medio de relacionar las ideas del día y la necesidad de las virtudes religiosas. Pero ¿cómo lo conseguirá? ¡Está usted muy lejos de entender por libertad lo que entienden los jefes del liberalismo! ¡La igualdad y la libertad, tal como usted las entiende, no serían ese poderoso alimento que hace girar todas las cabezas!». Y cuando el P. Lalanne, contemplando la Revolución con la misma mirada que La Mennais y Lacordaire, llegaba a soñar para la Compañía de María una alianza con las ideas del día, permitiéndole cumplir un papel activo en la reconstrucción de la sociedad nueva salida del cataclismo, el P. Chaminade sonreía por el entusiasmo un poco juvenil de su discípulo y le escribía<sup>20</sup>: «La empresa es audaz; es digna de un alma fuerte dedicada al bien de la religión y de la justicia. La propuesta que usted me hace no me extraña, conociendo su carácter. Es posible que sea intempestiva y que usted mismo la considere así antes de que llegue el final de año». «Usted dice que de este caos puede salir un mundo nuevo. Sin duda, el Todopoderoso puede sacar un mundo nuevo de este caos: ¿no ha formado el cristianismo en el seno de la idolatría? Pero no es así como hizo el mundo físico sacándolo del caos precedentemente creado por él. El deseo ardiente de mi alma es que, como usted sabe, es que la Compañía de María esté llamada a colaborar a esa feliz regeneración, pero *omnia tempus habent*»<sup>21</sup>.

En lugar de lanzarse ciegamente en el movimiento, el P. Chaminade, que tenía la responsabilidad de tantas obras y tantas personas, dejó a los mismos acontecimientos el tiempo de desvelar su verdadero alcance. Era la decisión más sabia. Aconsejó en todas partes el mantenimiento del *statu quo*, mientras las circunstancias los permitieran. Escribía al P. Lalanne<sup>22</sup>: «Es de suponer que cuanto más andemos, más aumentarán las dificultades. ¡Dios sea bendito! Hagamos todo lo que podamos para servir al bien y hacerlo servir; tratemos de no hacer imprudencias y mantengámonos tranquilos. Creo que, en general, debemos remover muy poco, no hacer más que los cambios indispensables y limitarnos a sostener lo que existe y de la misma manera que antes de la revolución. En alguna parte se habla del tiempo de la paciencia de los santos. No sé si es en el que estamos, pero ¿qué se arriesga tomándolo como tal?»

Esas mismas recomendaciones vuelven en la mayor parte de sus cartas de esta época. Así, el 5 de julio<sup>b</sup> insiste ante el P. Lalanne, a quien su espíritu un poco aventurero podía llevar a exageraciones: «No movamos ninguna cuestión hasta que la Providencia haya afirmado el terreno sobre el que andamos. Debe Vd. darse cuenta de su movilidad. Ningún cambio, ninguna innovación, nada que atraiga la atención sobre nosotros: ese es mi sistema desde hace once meses. Tengo la satisfacción de que en general todos nuestros establecimientos de hombres y mujeres lo han adoptado. Que cada uno en silencio se ejercite en la piedad».

<sup>19</sup> 22 de diciembre de 1830. *Carta 570, Lettres, t. II, p. 575.*

<sup>20</sup> 3 de junio de 1831. *Entresacado de la carta 593, Lettres, t. III, p. 34.*

<sup>21</sup> He aquí cómo juzgaba al *Avenir*, cuya doctrina seducía al P. Lalanne: «Fue una gran prudencia por parte del rey de Cerdeña prohibir la entrada del *Avenir* en sus Estados. No quiero decir que no haya nada bueno en el *Avenir*, pero es un débil teólogo con altas pretensiones. Al principio tuvo su fama. Algunos eclesiásticos, aunque en pequeño número, que por lo demás tienen cierto mérito, al principio estaban locos con él. He encontrado a algunos de ellos que no han podido sostener media hora de discusión un poco seria». Añadía, a propósito de otros periódicos católicos de la época: «Aunque la *Quotidienne* y la *Gazette de France* tenían opiniones más maduras y más razonadas, hay que saber tomar y dejar. Conozco poco el *Correspondant*; me parece que usted le caracteriza con una sola frase: es un joven literato que hace profesión de ser cristiano» (5 de julio de 1831, al P. Lalanne. *Carta 594, Lettres, pp. 39-40.*)

<sup>22</sup> 30 de abril de 1831. *Carta 588, Lettres, t. III, p. 20.*

<sup>b</sup> *Carta 594, t. III, p. 38.*



Por sí misma ya la revolución obstaculizaba nuestras obras. ¿Era prudente añadir otros obstáculos por imprudencias o medidas intempestivas? Las congregaciones, al menos las de hombres, se vieron obligadas a eclipsarse en Burdeos y en las otras ciudades. Fue una ocasión más para el fundador de admirar la acción de la Providencia respecto a sus obras. Efectivamente, si ella había permitido que sus hijos se entregasen principalmente a la obra de las congregaciones, se hubiesen visto obligados a desaparecer, al menos temporalmente, con las congregaciones a las que estaba ligada su existencia. Habrían sufrido la suerte de los Misioneros de Francia que el nuevo gobierno dispersó despiadadamente<sup>23</sup>. Gracias a sus obras de educación, el Instituto de María vivía, aunque en una situación de sufrimiento fácil de comprender.

En el mes de octubre de 1830, el fundador había considerado prudente suprimir momentáneamente el noviciado de las Hijas de María en Burdeos y enviar a las novicias a Agen. Después de los sucesos de febrero de 1831, dispersó también los noviciados de Saint-Laurent y de Madeleine. Era una medida dolorosa pero que juzgaba indispensable. Por lo demás, ¿podía esperar vocaciones mientras durasen los disturbios? ¿Podía intentar fundaciones nuevas en un tiempo en que el odio a la religión estaba a la orden del día? Un ejemplo era lo sucedió en Belfort: envió una comunidad de religiosos en septiembre de 1830, pero el tumulto les asustó tanto que huyeron a Saint-Remy.

Se contentaba con conservar intactas las obras existentes. Varias fueron amenazadas, pero ninguna fue alcanzada. La de Saint-Remy, puesta en peligro por los agitadores de los municipios de alrededor, se vio protegida por la firmeza de Amédée Thierry, que de profesor de la facultad de Besançon había pasado a ser prefecto del Haute-Saône. En todas partes se sintió la hostilidad de la universidad o más bien del gobierno que se servía de ella para golpear a los que no compartían sus ideas.

Las disposiciones del gobierno se hicieron visibles en el célebre proceso de la escuela libre y en otro proceso, que tuvo también gran repercusión, en el que, bajo el pretexto de recobrar los derechos universitarios, el Estado atacaba a los restos de la enseñanza secundaria libre<sup>24</sup>. Hizo más: atacó también a la enseñanza primaria de los Hermanos, suprimiendo por ordenanza del 18 de abril de 1831 el privilegio de que gozaban los religiosos de recibir su diploma de director con la simple presentación de su carta de obediencia. En adelante el examen público era obligatorio para todos. La intención que había dictado esta exigencia era, más que la exigencia misma, vejatoria para aquellos a quienes iba dirigida. El P. Chaminade recomendó a sus hijos plegarse a todo, recordándoles que «la vasija de tierra no debe chocar nunca contra la vasija de hierro»<sup>25</sup>.

El fin religioso que se proponían las escuelas normales del P. Chaminade no escapaba a los liberales. Por eso, se esforzaron activamente en hacerlas caer. La malevolencia de las autoridades se manifestó en mil enredos y el número de alumnos disminuyó. Ante esta actitud de poder, el P. Chaminade mandó a sus hijos que no hicieran el juego a los enemigos de la religión abandonando su puesto. Les decía: «Es mucho que podamos sostenernos; no estamos todavía al final, ni mucho menos».

Se atacó a sus escuelas por su lado vulnerable: se suprimieron los subsidios sin los cuales no podían mantenerse. El 11 de noviembre de 1831, el prefecto del Jura informó al consejo general que sin duda «los profesores de Courtefontaine eran de una vida ejemplar y estaban sometidos, así como el internado, a reglas muy severas; que había salido de este establecimiento una decena de maestros de escuela; que no había recibido la menor queja sobre los Hermanos que están al frente del establecimiento y que no se podía negar que prestaban servicios a la instrucción en el departamento; pero que esta escuela, por su modo de enseñanza y por su régimen interior, no estaba en armonía con las instituciones». En consecuencia, pidió y obtuvo la supresión del crédito que tenía asignado. Se prefirió no tener una escuela normal que tener una cristiana. La escuela normal de Saint-Remy vivió un poco más de tiempo, hasta la ley del 23 de junio de 1833, que obligó a cada departamento a proveerse de una escuela normal oficial<sup>26</sup>.

<sup>23</sup> Se formaron de nuevo más tarde con el nombre de Sacerdotes de la Misericordia.

<sup>24</sup> Cf. carta del P. Chaminade al P. Lalanne, 15 de abril de 1831. *Carta 586, Lettres, t. III, pp. 15-17.*

<sup>25</sup> Carta del 25 de marzo de 1831 al P. Lalanne. *Carta 584, Lettres, t. III, p. 12.*

<sup>26</sup> La escuela normal de Vesoul se abrió en 1834. En el Jura, la escuela normal no pudo abrirse hasta noviembre de 1835, en Salins, y fue disuelta en 1849, por considerarla un foco de socialismo. Se le sustituyó con escuelas de prácticas. Entre ellas, la escuela de Courtefontaine, dirigida siempre por la Compañía de María, satisfizo tanto a las autoridades que suprimieron las otras. En 1852, la escuela de Courtefontaine fue

El exilio al que se había visto obligado a condenarse, la desaceleración de todas las obras y la supresión de algunas eran pruebas muy sensibles, pero no fueron las únicas ni las más crueles que sufrió el fundador. Estas eran pasajeras y desaparecerían el día en que el horizonte político se serenase. Había otras más profundas que tocaban el corazón mismo del Instituto, amenazando su vitalidad. Desde hacía tiempo, el P. Chaminade las preveía y las temía. En una carta fechada el 26 de agosto de 1821, uno de sus primeros hijos, Bernard Laugeay, le hablaba así: «Padre, recuerdo lo que usted me dijo: que se habían visto pocas órdenes religiosas establecerse con tanta rapidez como la nuestra, a pesar de todas las dificultades que se le han opuesto, que el bien que se hacía por ella era notable, que por consiguiente el demonio, que ve estos progresos, temblaría de rabia y que debíamos esperarnos sufrir de su parte los más duros asaltos, que no dejaría de transformarse alguna vez en ángel de luz y de usar sus astucias de las que tan pocos desconfían y tantos se dejan engañar». El P. Chaminade sabía que la prueba, que es la piedra de toque de las obras de Dios, no ha faltado a ninguna de ellas, y menos todavía a la Iglesia, la primera de las obras de Dios. Así pues, esperaba con confianza y serenidad. A pesar de ello, cuando llegó el momento no dejó de sufrir, y podía escribir en 1829<sup>27</sup>: «Las penas que tengo me seguirán hasta la tumba». Tenía toda la razón.

Desde hacía muchos años, la situación financiera del Instituto de María era mala y los acontecimientos políticos no contribuían a mejorarla. La conducta del P. Chaminade en esta materia estaba dirigida sin duda por su prudencia habitual, pero también y sobre todo por el principio de una absoluta confianza en la Providencia. Cuando un gasto le parecía sólo un cálculo humano o, con mayor razón, una tendencia al lujo o al bienestar, se oponía a él de manera radical. Cuando, al contrario, le parecía querido por Dios, hacía callar todas sus aprensiones, confiando a la Providencia la obtención de los medios para conseguir sus fines. Nunca fue defraudado, nunca le faltó la ayuda en el momento preciso que necesitaba. Se han visto ejemplos de ello a lo largo de este relato<sup>28</sup> y su correspondencia está llena de ellos. He aquí uno tomado al azar. Dice a David Monier<sup>29</sup>: « Dios quiere probar a veces nuestra confianza en él. Para el último billete de mil francos, que recibí el 28 de febrero último, no supe el medio hasta la víspera. El 27, los mil francos me llegaron sólo hora y media antes de la presentación. Dios no ha obrado de la misma manera para los tres mil francos que necesitaba el 5 de mayo: acaba de enviármelos por una persona a la que yo creía más deber dar que pedir». La Providencia le había ayudado tanto que, en opinión de algunas personas superficiales, pasaba por gozar «de una fortuna colosal»<sup>30</sup>, precisamente él que no sabía la víspera cómo viviría y haría vivir a sus obras al día siguiente.

Con este sistema en que la prudencia humana estaba siempre despierta, pero siempre subordinada a la prudencia sobrenatural, su caja estaba siempre vacía e incluso dejaba acumularse atrasos a veces considerables. Aquellos de sus colaboradores que veían las cosas desde un punto de vista más humano, le hacían sus advertencias. Él se sometía con humildad, pero íntimamente persuadido de que su manera de obrar era conforme a la voluntad de Dios y, viéndola siempre justificada por la Providencia en los momentos críticos, no se enmendaba y seguía adelante con la admirable imprevisión de san Vicente de Paúl y la mayor parte de los santos. Si eso sucediese en una naturaleza espontánea como la del P. Lalanne, el P. Dupuch o el P. Dasvin, no nos sorprendería. Pero en un hombre de orden como el síndico de Mussidan, en un hombre reflexivo, sensato, moderado y prudente, como lo era el P. Chaminade en todo lo que emprendía, el hecho sería inexplicable si no hubiera razones de orden sobrenatural que lo justificasen.

A propósito de los gastos de Saint-Remy, hablaba así a David Monier<sup>31</sup>: «Usted me censura por tener tantos préstamos y, desde hace tiempo, gastar con una mano lo que entra por la otra. Pudiera ser que haya excedido en esto, aunque hasta el presente los motivos hayan sido más

---

elevada al rango de escuela normal. En 1855, fue trasladada a Lons-le-Saulnier, siempre bajo la dirección de los Hermanos de María, que se retiraron de ella por propia voluntad en 1862. Estos datos están sacados de un informe del director de la Escuela normal de Lons-le-Saulnier para la Exposición retrospectiva de la enseñanza primaria en la Exposición universal de 1900.

<sup>27</sup> Al P. Lalanne, 30 de diciembre de 1829. *Carta 495, Lettres, t. II, p. 399.*

<sup>28</sup> Véase más arriba, al final del capítulo 24.

<sup>29</sup> 16 de abril de 1824. *Error en el año: es la la carta 193, de 16 de abril de 1822, Lettres, t. I, p. 330.*

<sup>30</sup> Carta de un negociante llamado Bessins a monseñor de Cheverus, 24 de julio de 1829. (Archivos del arzobispado)

<sup>31</sup> 30 de septiembre de 1823. *Carta 252, Lettres, t. I, p. 461.*

fuertes de lo que parecen para los establecimientos posteriores», como Saint-Remy. Con ocasión de la compra del hotel Razac y de los gastos de acondicionamiento que trajo, es al P. Caillet a quien da cuenta de su conducta<sup>32</sup>: «Querido hijo, parece usted afectado por las deudas que contraemos todos los días para multiplicar nuestros establecimientos o mantener y extender los antiguos. Rece, y rece con insistencia para que las desgracias que usted me señala no lleguen, para que yo no me adelante nunca al orden de la Providencia en las obras que creemos que están en sus planes. Yo pensaba esta mañana en esta vía extraordinaria que seguimos, y estaba como asustado y desconcertado, cuando me vino el pensamiento de que Dios obraba así para que aumente nuestra confianza en él y para que vivamos en total dependencia de su gracia; este pensamiento me ha consolado un poco y me ha fortificado». Un poco más tarde, hacía la confesión siguiente al P. Caillet<sup>33</sup>: «No tenemos ningún establecimiento de hombres o mujeres que no tenga alguna deuda. Todas estas deudas me asustarían si, cada vez que pido un préstamo, no hubiese creído que no estaba saliendo del orden de la Providencia respecto a nosotros». Varios directores habían agravado esta situación con gastos poco útiles, sin autorización regular. Estas últimas brechas abiertas en el haber material de su Compañía le preocupaban mucho más que las primeras, porque veía en ellas un mal moral, una desobediencia o una falta a la pobreza de la que temía el castigo de parte de Dios.

En todo caso, en los últimos años de la Restauración, según el P. Lalanne<sup>34</sup>, «el internado de Burdeos era el único establecimiento cuyos trabajos eran lucrativos. Primero tuvo que soportar pesadas cargas para los gastos de primer establecimiento y para los intereses de los préstamos. Pagó todo mientras no tuvo más que satisfacer sus propias necesidades. Pero cuando empezó a tirar de él por todas partes, para el noviciado de Saint-Laurent, para las escuelas de Agen y para la casa del Director, se vio desprovisto. Auguste Perrière, que dejaba en el colegio todos sus ingresos y el producto de sus bienes, sacaba también del colegio todos los fondos necesarios para el mantenimiento de sus bienes, y estos gastos llegaron a superar algunos años los ingresos. Auguste Perrière decía a menudo al P. Chaminade: Tenemos que pagar y la caja está vacía. El P. Chaminade refunfuñaba, y había que acudir a recursos extremos que empeoraban el mal».

El P. Chaminade no era insensible a esta situación y estaba muy preocupado. En 1827 escribía a Clouzet<sup>35</sup>: «Si sucede algún contratiempo ¿no tendré que reprocharme al menos no haber tomado todos los medios? Y el menor contratiempo de este tipo puede hacer como en los castillos de naipes: la primera que cae hace caer a todas las demás». Clouzet vino en su ayuda y albergó la esperanza de liberar a la Compañía al cabo de algunos años.

No era más que una esperanza. Al comienzo de 1829, el fundador escribía a Clouzet<sup>36</sup>: «Aquí parece que el apuro va en aumento. Usted sabe lo difícil que está la pensión. Tengo que mantener por lo menos al doble de personas. El pan ha subido en más de un cuarto y yo no recibo casi nada. Sin embargo, no me inquieto». Pero la situación era muy alarmante. Decía el P. Chaminade<sup>37</sup>: «Las cosas han llegado a tal punto que no pueden acabar más que por un providencia especial y casi milagrosa. Yo espero con confianza, y, mientras espero, hago lo que depende de mí para sostener todo, para no tentar al Señor».

Tras la revolución de julio, el mal se fue agravando de día en día. Escribía a Clouzet<sup>38</sup>: «Es difícil hacerse una idea de la dificultad de mi posición: No digo esto para quejarme: hablo de ello muy poco, adoro los secretos designios de la Providencia». Esta indigencia y la imposibilidad de crear recursos en estos tiempos turbados fueron uno de los principales motivos que le decidieron a sacrificar momentáneamente su noviciado. Llegó hasta poner en venta su propiedad de Saint-Laurent, con la idea de reconstituir el noviciado en el Norte, pero, al no encontrar comprador, se contentó con un alquiler. Consiguió algún dinero con la venta de pequeños inmuebles que no eran indispensables para las obras. Finalmente, recomendó más que nunca la más estricta economía en todo, salvo en materia de limosnas y de ayuda al prójimo<sup>39</sup>.

<sup>32</sup> 16 de junio de 1824. *Carta 299, Lettres, t. I, p. 588.*

<sup>33</sup> 2 de agosto de 1825. *Carta 367, Lettres, t. II, p. 114.*

<sup>34</sup> *Not. historique*, p. 20. *La Gerbe-3, pp. 26-27.*

<sup>35</sup> 10 de junio de 1827. *Error en la fecha: se trata de la carta 426, de 10 de enero de 1827, Lettres, t. II, p. 256.*

<sup>36</sup> 19 de enero de 1829 *Carta 470, Lettres, t. II, p.344.*

<sup>37</sup> 4 de enero de 1830. *Carta 496, Lettres, t. II, pp. 406-407.*

<sup>38</sup> 12 de febrero de 1831. *Carta 578, Lettres, t. II, p. 590.*

<sup>39</sup> En Saint-Remy, por ejemplo, animaba a Clouzet a dar trabajo a los obreros pobres de los alrededores

Desgraciadamente no fue siempre escuchado, y varios directores se permitieron gastos considerables que nada justificaba en esos momentos. En ellos pensaba el fundador cuando decía<sup>40</sup>: «Si no estamos ahogados es por la misericordia de Dios, pero las enojosas consecuencias de las imprudencias y desobediencias serán incalculables». Esta triste situación se ve reflejada en la pluma de Louis Rothéa, que escribe al P. Chaminade<sup>41</sup>: «Veo con pena, querido Padre, que usted está como obligado a mendigar su pan entre sus queridos hijos. Eso no debería ser».

Pero no es de esto de lo que el P. Chaminade se habría permitido quejarse nunca. Sus miradas se dirigían siempre hacia esta Providencia que había sido tan buena con él en toda ocasión. De ella esperaba no sólo el pan de cada día para él y sus hijos, sino también el cese de la prueba y la extinción de las deudas. Escribe a David Monier<sup>42</sup>: «Usted me dirá: ¿dónde está el dinero para obrar así? Respondo que todo está primero en los tesoros de la Providencia, en la cual tengo confianza. El Señor tendrá piedad de nosotros. Yo puedo ser culpable, y creo serlo, de no haber obrado con más energía, pero me someto a todos los rigores de su justicia. A pesar de todas mis miserias, tiene para mí la misericordia de inspirarme el deseo de serle siempre fiel».

Otra cruz pesaba sobre las espaldas del fundador, y tanto más pesadamente cuanto que se trataba de los intereses espirituales de su Compañía. Hacía alusión a ello en este pasaje de una de sus cartas al P. Lalanne<sup>43</sup>: «La revolución es la criba del Señor, y, efectivamente, algunos de nuestros sujetos han volado al mundo como paja, y todavía todo no es puro».

Se anunciaban defecciones en diversos puntos. No hubiesen extrañado al P. Chaminade si se tratase de almas vulgares, atraídas a la vida religiosa por no sé qué espejismo de una existencia apacible y fácil, que se apresuran en huir a la primera alerta que amenaza su muelle quietud. Pero algunas de estas almas vacilantes eran rectas y sinceras. Sus intenciones al principio habían sido muy puras, y sin embargo se doblegaban: cansadas del presente, inquietas por el futuro, chocaban con el peligroso escollo del desaliento. A medida que se fueron alejando del punto de partida, sintieron debilitarse en ellas los impulsos de la primera generosidad. Se alejaron del encanto de ideal que les entusiasmaba en otro tiempo, y se encontraban hoy enfrentados a la áspera realidad, preguntándose si el día siguiente sería todavía más duro que el presente. En sus sueños de juventud, habían olvidado que la Providencia no exige más que la «la simple colaboración y no el éxito». No decían con su padre<sup>44</sup>: «Toda gloria a Dios, toda pena y confusión a nosotros, miserables colaboradores», o bien<sup>45</sup>: «Debemos sentirnos compensados por el honor que Dios nos hace empleándonos y por los medios que nos da de testimoniarle nuestro amor y nuestra fidelidad».

Las cargas enormes que pesaban sobre la Compañía eran para estos religiosos una primera causa de desánimo, y cuando llegó la revolución de julio, con vagas amenazas de disolución, su fe en Aquel por el que habían abandonado todo se mostró preocupada y vacilante.

La modestia de las obras de la Compañía, su desarrollo demasiado lento y demasiado oscuro a su juicio, era para ellos otro escollo, Los felices auspicios con los que se anunció su apostolado habían inflado sus esperanzas y habían abierto a sus ojos horizontes inmensos. Nada de lo que ellos habían soñado se había realizado todavía. En lugar de conquistas brillantes, principios humildes y débiles, obras sin brillo; y en estas obras, lagunas muy reales. Las casas de formación, tan bien organizadas durante los primeros años, habían sufrido pronto la falta de un personal directivo suficiente; a veces no habían salido, según expresión de Louis Rothéa<sup>46</sup>, más que «quimeras de religiosos. A menudo esas casas de formación habían desanimado a almas llenas de buena voluntad, pero que, extrañadas de no encontrar todavía más que una Compañía en formación, iban a los jesuitas u otros, buscando instituciones más asentadas<sup>47</sup>».

La misma administración de la Compañía les parecía defectuosa, y las apariencias eran favorables a sus quejas. En 1824, hijos sumisos hacían notar respetuosamente al fundador<sup>48</sup>: «Todo

que la carestía reducía a una situación desesperada. (14 de enero de 1831. *Carta 572, Lettres, t. II, p. 582*)

<sup>40</sup> A Clouzet, 4 de enero de 1830. *Carta 496, Lettres, t. II, p. 406.*

<sup>41</sup> 12 de mayo de 1831. *Es el 12 de marzo de 1831. AGMAR 27.1.622.*

<sup>42</sup> 7 de enero de 1833. *Carta 658, Lettres, t. III, p. 217.*

<sup>43</sup> 5 de julio de 1831. *Carta 594, Lettres, t. III, p. 38.*

<sup>44</sup> El P. Chaminade a Clouzet, 20 de marzo de 1827. *Carta 431, Lettres, t. II, p. 270.*

<sup>45</sup> Al mismo, 3 de febrero de 1830. *Carta 501, Lettres, t. II, p. 415.*

<sup>46</sup> Al P. Chaminade, 24 de mayo de 1839. *AGMAR 28.1.468.*

<sup>47</sup> Ese fue el caso de Goudelin, de un sacerdote de Périgueux, y de otros.

<sup>48</sup> Carta de Auguste Perrière y del P. Lalanne al P. Chaminade, 1 de agosto de 1824. *AGMAR 26.5.426.*



reposa sobre la cabeza de un solo hombre, y este hombre, por muy capaz que sea, se ve abrumado con mil asuntos, que van en aumento, agotado por los trabajos, frenado por los años. Es verdad que este hombre ha sido escogido por Dios para fundar el Instituto, pero también Moisés había sido escogido, y Dios le hizo ver que necesitaba ayudas y consejos». A eso el P. Chaminade respondía con su dulzura habitual<sup>49</sup>: «Háganme, queridos hijos, todas las observaciones que crean útiles, denme sin miedo su parecer y su consejo. Por sus votos son ustedes los hijos mayores del Instituto. La obediencia no les pide más que no seguir con su idea cuando ya se ha tomado una determinación».

En el caso presente, era difícil para el P. Chaminade obrar de distinta manera y encontrar ayudas entre sus discípulos. ¿En quién hacer descansar el gobierno de una Compañía recién formada? ¿En jóvenes como Auguste Perrière y Lalanne? ¿En David Monier, cuya imaginación había creado en Saint-Remy problemas que habían estado a punto de llevar a la Compañía a la ruina? Durante sus ausencias prolongadas en el Norte, se dio cuenta con claridad que si había gobernado solo, era por una imperiosa necesidad: Efectivamente, en estos momentos el congreso gobernaba en su lugar, y de todas partes no recibía más que quejas y muestras de descontento<sup>50</sup>.

Y sin embargo, el fundador era impotente para llegar a toda su tarea. Su lentitud natural, sus dudas ante decisiones de gran importancia, la dificultad de hacer frente con personal insuficiente a obras que iban creciendo, aumentaban todavía sus dificultades y le obligaban a cubrir muy imperfectamente las necesidades, poniéndose por lo demás en manos de la Providencia. Entonces, si se consideraban las cosas sólo desde un punto de vista humano, se estaba tentado de repetir la ocurrencia de David Monier<sup>51</sup>: «El P. Chaminade ha hecho su Compañía como Dios el mundo; ha dicho a éste: Sé cocinero, y ha sido cocinero; a aquél: Sé profesor, y ha sido profesor. Sólo que la palabra del fundador no era siempre tan eficaz como la del Creador». El P. Chaminade respondía<sup>52</sup>: «¿Está viciado el gobierno del Instituto? Respondo que no está viciado en sus principios. Estoy obligado a comprobarlo en su acción: estoy tan convencido de mi torpeza que no me extrañaré nunca de que se censuren mis actos». Aunque hubiese sido el hombre más hábil del mundo y hubiese dispuesto de todos los medios de acción necesarios, se habría doblegado bajo el peso de los asuntos que tenía que llevar. Se veía en la imposibilidad de tener al día sus registros, incluso con la ayuda de sus secretarios, y de guardar «ese verdadero orden de administración» que no dejaba de recomendar a sus hijos<sup>53</sup>.

La última y principal queja de los descontentos eran las Constituciones o lo que ellos llamaban las nuevas Constituciones. Se recordará que al principio el P. Chaminade no dio a la Compañía Constituciones especiales. Algunas páginas redactadas en 1818 por David Monier y aprobadas solamente en parte por monseñor d'Aviau y por el fundador mismo, no podían ser consideradas como tales. El P. Chaminade pensaba sabiamente que los principios constitutivos contenidos en las reglas de las Hijas de María bastarían a la nueva Compañía hasta que le fuese trazado claramente su camino por la Providencia.

Poco a poco ese camino se desprendió de sus sombras y se dibujó bastante claramente a los ojos del fundador como para que, en 1824, pudiese creer que había llegado el momento de ocuparse de la redacción de las Constituciones<sup>54</sup>. Tras la aprobación de los estatutos civiles, el trabajo era urgente: no fue diferido más que por la urgencia mayor de sus visitas al Norte. Durante el viaje de 1827, a su paso por París, el nuncio, monseñor Lambruschini, le urgió vivamente a someter a la santa Sede las Constituciones de los dos institutos religiosos asegurándole una acogida muy favorable<sup>55</sup>, y se puso a la obra, y al final de su trabajo, durante el verano de 1829, se instaló junto a

<sup>49</sup> 3 de agosto de 1824. *Error en la fecha: entresacado de la carta 306, de 12 de agosto de 1824, Lettres, t. I, p. 607.*

<sup>50</sup> Una prueba de ello se encuentra sobre todo en una carta del P. Chaminade a Clouzet (7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, pp. 264-267*), demasiado larga para reproducirla aquí.

<sup>51</sup> Lalanne, *Not. historique*, p. 19. *La Gerbe-3, p. 26.*

<sup>52</sup> A Clouzet, 7 de marzo de 1827. *Carta 430, Lettres, t. II, p. 266.*

<sup>53</sup> Carta a la Madre de Trenquelléon, 3 de agosto de 1823. *Carta 244, Lettres, t. I, p. 440.*

<sup>54</sup> Al P. Caillet, 29 de junio de 1824. *Carta 301, Lettres, t. I, pp. 592-597.*

<sup>55</sup> Estos mismos augurios de buena acogida y estos ofrecimientos formales del nuncio, monseñor Lambruschini, le fueron reiterados por escrito, como el P. Chaminade dijo al P. Lalanne en una carta del 24 de diciembre de 1835. *Carta 811, Lettres, t. III, p. 549.*

Lalanne en Gray. De aquí escribía a la Madre San Vicente<sup>56</sup>: «Estoy como en retiro en Gray, donde no me ocupo casi más que de las Constituciones y de los reglamentos, tanto de las Hijas de María como de la Compañía de María. Habrá aumento, un poco de cambio y espero que mucho perfeccionamiento».

Efectivamente, el trabajo presentaba un conjunto bien coordinado, reflexionando sobre el estado actual de la Compañía y de sus obras, pero manteniendo los principios fundamentales sobre los que la Compañía había sido establecida. Sin duda, estas Constituciones diferían del esbozo de 1818. Los estatutos eran una primera causa de ello, puesto que ellos habían impuesto una forma de sociedad civil que no había sido prevista ni querida. Una segunda causa era el desarrollo natural de la Compañía: había sido preciso crear un gobierno que no se planteaba en 1818. Este gobierno era como el de las Hijas de María y no presentaba ninguna innovación propiamente dicha. Se especificaban las obras y, como al principio, no se excluía ninguna de las que entraban en el campo del celo apostólico, pero se insistía en las que habían sido admitidas hasta ese día. Finalmente se regulaban muchos detalles de la vida común, imprecisos hasta entonces.

El P. Chaminade, en su calidad de fundador, hubiese sido dueño de promulgar e imponer pura y simplemente las Constituciones que acababa de terminar. Pero, inspirado por su moderación y prudencia acostumbradas, prefirió someter su trabajo al examen de los principales miembros de la Compañía. Para los espíritus agriados, de los que ya hemos hablado, esto fue un pretexto para amargas recriminaciones. Según ellos, se debían haber mantenido rigurosamente lo que ellos llamaban las Constituciones primitivas y se debía conservar esa organización embrionaria, que, sin embargo, no podía ser para el Instituto más que una causa de debilidad y discordia. A su juicio, no se debería avanzar más por la vía de la enseñanza primaria, no prevista al principio. Ponían en discusión todos los detalles de los reglamentos, hasta los más insignificantes, como la sustitución de la corbata blanca por la corbata negra para los laicos, mostrando así lo atinada que era una observación que hacía el P. Chaminade<sup>57</sup>: «Todo lo que es exterior es en general lo más difícil de fijar, y es también lo que más afecta».

En lugar de alegrarse de ver a la Compañía constituirse y afirmarse, estos espíritus tristes parecían apenados por ello, como si tuviesen miedo de que la sacudida entrevista en su imaginación se retrasase. En realidad dudaban de la obra. Según ellos no era viable, y todo lo que tendía a consolidarla era mal acogido por ellos porque parecía contradecir su prejuicio.

Así pues, rechazaron en bloque la nueva redacción de las Constituciones, y uno de ellos llegó a permitirse interrumpir y contradecir un día al fundador en una conferencia que daba, en Saint-Laurent, a los novicios y a los religiosos de distintas comunidades de Burdeos. El P. Chaminade conservó su calma habitual y no dejó sospechar con una sola palabra ni con un solo gesto que le afectase tan inconcebible olvido del respeto que le era debido.

Consciente de la repercusión de este asunto, temiendo la agitación y el malestar que podía resultar para las comunidades, el P. Chaminade decidió dejar para tiempos mejores la promulgación de las Constituciones. Prohibió incluso hablar más de ello<sup>58</sup>. Según decía él<sup>59</sup>, «las Constituciones nos servirán nunca más que a los que tengan el espíritu verdaderamente religioso o tengan al menos la buena voluntad de imbuirse de él. Los que no buscan imbuirse cada vez más del espíritu de pobreza, de castidad, de obediencia, de celo por la salvación de las almas, y de devoción a la santísima Virgen, encontrarán siempre motivos para razonar sobre los artículos de la organización y del gobierno, primero porque siempre entra lo arbitrario en la aplicación de los principios y luego porque el amor propio puede verse herido».

El fundador estaba afligido. Temblaba, no por su obra que estaba bajo la custodia de Aquella que se la había inspirado, sino por el alma de sus hijos, llamados al honor de los combates, y cansados antes de la hora de la victoria. Su tristeza era todavía más profunda por el hecho de que sus dos principales contradictores eran obreros de primera hora, dos de sus asistentes, hijos particularmente queridos, Auguste Perrière y Jean-Baptiste Collineau.

Los dos, cosa extraña y digna de ser señalada, conservaban por la persona del P. Chaminade todo el afecto y la veneración de antes, pero no tenían confianza en la estabilidad de su

<sup>56</sup> 13 de junio de 1829. *Carta 474, Lettres, t. II, p. 353.*

<sup>57</sup> Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 546.*

<sup>58</sup> A finales del año 1831.

<sup>59</sup> A Clouzet, 6 de noviembre de 1830. *Entresacado de la carta 557, Lettres, t. II, pp. 535-536.*

obra. Oscilaban entre el deseo de separar de ella su destino personal y el temor de romper unos compromisos sagrados, contraídos con tanta sinceridad.

Auguste Perrière estaba más abatido que decidido a una ruptura. Sus quejas sobre el abandono del plan primitivo, sobre la adopción de las escuelas primarias en detrimento de las escuelas medias de las que él era el defensor<sup>60</sup>, eran sobre todo el resultado de los problemas financieros de su casa de la calle Mirail y también de una costumbre inveterada de independencia en el colegio Sainte-Marie. En 1829 había rehusado abandonar este puesto para tomar, en Saint-Remy, la dirección de la escuela normal. El P. Collineau rechazaba toda enseñanza, cualquiera que fuese: él se creía llamado sobre todo a la predicación y se consideraba obstaculizado en su camino. Ya sus funciones de director del colegio de Villeneuve habían sufrido de su ministerio fuera, y se había hecho relevar de su cargo por el P. Chaminade en 1827. Desde su vuelta a Burdeos, se acomodaba mal a las sujeciones de la vida religiosa, y el P. Chaminade decía de él al comienzo del año 1830<sup>61</sup>: «El P. Collineau vive en la casa desde hace dos o tres meses; hace un poco de bien pero sin estar fijo en nada. Predica mucho. Desde su vuelta de Villeneuve, siempre ha querido ser más libre. No está en la Compañía más que como amigo, y no renueva sus votos en el retiro».

Con los dos, el P. Chaminade usaba una gran dulzura y atenciones infinitas, esperando llevarles a sus disposiciones primitivas. Decía de Auguste Perrière<sup>62</sup>: «Su corazón está todavía con nosotros, y podremos todavía traerlo hacia Dios». Pero mientras los veía indecisos, su ansiedad persistía, y recibía con agradecimiento las manifestaciones de fidelidad de los demás hijos. Escribía al P. Lalanne<sup>63</sup>: «Estoy edificado, querido hijo, de su afecto, y una gota de consuelo ha entrado en el fondo de mi alma». Esta incertidumbre sobre las disposiciones de sus hijos insumisos duraba todavía en el momento en que el fundador salió para Agen. Estaba sólo al principio de sus aflicciones.

### Capítulo 33: Agravamiento de las pruebas (1831-1833)

En Agen, el P. Chaminade se instaló en medio de sus hijos, en el antiguo convento del Refugio, donde había fundado en otro tiempo las Hijas de María. Allí, en el extremo del edificio, ocupaba una pequeña habitación, junto a la cual se había convertido el fondo del pasillo en una capilla minúscula. Tenía gran necesidad de verse reconfortado con la presencia permanente de su Dios para soportar las pruebas que iban a caer sobre él durante los dos años siguientes. Presentía la amargura al abandonar Burdeos y pedía, en toda ocasión, las oraciones de las personas que le eran queridas: «Ruegue por mí, querido hijo<sup>64</sup>, que el Señor se digne concederme las luces y el valor que necesito para cumplir bien mi tarea en estos tiempos difíciles, y que, después de haber predicado a los demás, no sea yo reprobado». Había llegado el momento para él en que, siguiendo las palabras de la *Imitación de Cristo*, las cruces se hacen más pesadas a medida que se penetra más en la vida espiritual<sup>65</sup>. Va a sumergirse en el crisol del sufrimiento. En expresión de san Pablo, será dado en espectáculo a los ángeles y a los hombres y su alma se manifestará en toda su generosidad como oro probado por la violencia del fuego.

De los tres motivos de inquietud que acompañaban al fundador en Agen: la revolución, la mala situación financiera de su fundación y el malestar de algunos espíritus, éste era el más grave y, como una enfermedad epidémica, amenazaba con propagarse. Síntomas enojosos se manifestaban ya en Saint-Remy.

El P. Lalanne era tan mal administrador de lo temporal como buen educador. No le asustaba ningún gasto si servía para su sistema. Dominique Clouzet, que era su ecónomo, no le secundaba más que en proporción a sus recursos, parapetándose en las instrucciones dadas en términos tan formales por el fundador al día siguiente de la revolución. De ahí un conflicto cuyos

<sup>60</sup> Entendía por escuelas medias lo que, en nuestros días, se ha llamado enseñanza secundaria especial, luego enseñanza moderna.

<sup>61</sup> Al P. Lalanne, 12 de abril de 1830. *Carta 518, Lettres, t. II, pp. 467-468.*

<sup>62</sup> Al P. Lalanne, 3 de marzo de 1830. *Carta 505, Lettres, t. II, p. 436.*

<sup>63</sup> *Ibidem.*

<sup>64</sup> Al P. Lalanne, 22 de noviembre de 1830. *Carta 563, Lettres, t. II, p. 552.*

<sup>65</sup> *Imitación de Cristo*, I,II, capítulo XII,7.

golpes tenían que alcanzar también al P. Chaminade. El descontento del P. Lalanne se tradujo, a partir de diciembre de 1830, en cartas agrídulces dirigidas a su superior. Pero, como el verdadero terreno del combate le parecía desfavorable, pasó a aquel en el que ya luchaban Auguste Perrière y Collineau: se puso a despotricar con ellos contra las nuevas Constituciones.

Pero ¿qué podía tener para criticar él, que había colaborado en Gray en su redacción y que incluso les había dado su última forma? De naturaleza ardiente e impaciente, se quejó de la centralización de los poderes, de las restricciones sufridas por la autoridad de los directores particulares. Estos, según él, debían gozar de una independencia casi total, al menos en materia de finanzas.

En otras circunstancias, este alegato *pro domo* hubiese hecho sonreír al P. Chaminade. Pero ¿qué sucedería si el P. Lalanne se juntaba contra él con sus dos asistentes? Se comprende la tristeza reflejada en estas líneas dirigidas al propio P. Lalanne<sup>66</sup>: «Mi corazón está consternado, querido hijo, por todas estas circunstancias. No son los asuntos de la Revolución los que más pena me causan. Sin embargo, puedo decirle que no hay en mi corazón ni hiel ni amargura, y que le deseo con toda sinceridad un feliz año y la abundancia de las bendiciones del cielo». «Pido a Dios de todo corazón que le ilumine a usted y que no permita que use mal los talentos que le ha dado, a ejemplo del P. La Mennais»<sup>67</sup>.

Una débil esperanza le fue sugerida durante las primeras semanas de su estancia en Agen por algo que decía el P. Lalanne<sup>68</sup>: «Tengo el espíritu fatigado y el corazón triste»: él veía en eso, con razón, el pesar de un alma que, en el fondo, le estaba sinceramente unida. Desgraciadamente las causas de irritación seguían subsistiendo y llevaban incesantemente las veleidades de insumisión y murmuración.

El P. Chaminade amaba al P. Lalanne como un hijo de predilección y no era insensible a su conducta. Trató primero de que entrase en razón, pero no siguió mucho tiempo discutiendo con él. Sabía que en Lalanne la cabeza seguía fácilmente al corazón, y se esforzó en llevarle por la dulzura a una apreciación más sana de las cosas. Le decía<sup>69</sup>: «Le compadezco con toda mi alma, querido hijo, viéndole tan descontento y despechado. Pero hace usted bien en decirme que sufre. Hay un pequeño alivio en desfogar las amarguras que embargan al corazón, y no conozco a nadie a quien usted pueda hacerlo prudentemente más que a mí. ¡Cómo me gustaría darle la paz del alma! ¡Cómo me gustaría al menos poder suavizar sus penas! Pero sólo Dios tiene ese poder; yo ya no soy para usted ni tan siquiera instrumento de sus consuelos, puesto que son mis procedimientos mismos los que le irritan». Le ponía en guardia contra las engañosas exigencias de la imaginación diciendo<sup>70</sup>: «Usted se figura que las cosas no van bien en su antiguo plan, porque ha concebido otro. Y ordinariamente estimamos y amamos nuestras concepciones como un hijo único, y no puede haber nada mejor, nada más razonable, nada más sabio y ordenado que este hijo único de nuestras concepciones; entonces vemos numerosos abusos, entonces todo resulta intolerable».

Sobre todo llamaba a su conciencia y le hablaba el lenguaje de la fe<sup>71</sup>: «Si usted está realmente decidido a trabajar en su santificación y, para conseguirla, hacer todos los sacrificios que Dios le pida, nada en el mundo me costaría para ayudarle a ser todo de Jesucristo y a vivir su espíritu el resto de sus días. Todo el tiempo que viva en usted y de usted tendrá que temer lo que decía un profeta a los judíos a la vuelta de la cautividad de Babilonia: "Habéis echado abundantes semillas, y vuestras cosechas están arruinadas"».

Su paciencia no se desanimaba con ningún fracaso, y no dejaba de recomendar a Clouzet una gran caridad, siempre manteniendo los principios que no se podían sacrificar sin caer en la locura o en la prevaricación: «Debemos creer que el P. Lalanne busca sólo el bien. Esperemos que sus pretensiones no sean más que ilusiones pasajeras. Sólo que es fastidioso que estas nubes se levanten en un tiempo en que deberíamos mantenernos tranquilos y unidos. Pero Dios lo permite. Ese pensamiento debe hacernos adorar humildemente las disposiciones de su providencia, aunque

<sup>66</sup> 1 de enero de 1831. *Entresacado de la carta 571, Lettres, t. II, p. 580.*

<sup>67</sup> 9 de febrero de 1831. *Carta 577, Lettres, t. II, pp. 588-589.*

<sup>68</sup> 30 de abril de 1831. *No hay ninguna carta de Lalanne a Chaminade con esa fecha. Ha sido imposible encontrar esa cita.*

<sup>69</sup> 7 de agosto de 1831. *Carta 599, Lettres, t. III, pp. 51-51.*

<sup>70</sup> 4 de octubre de 1831. *Carta 605, Lettres, t. III, p. 79.*

<sup>71</sup> 22 de septiembre de 1831. *Entresacado de la carta 600, Lettres, t. III, pp. 67-68.*



contraríen nuestra naturaleza y nuestras ideas»<sup>72</sup>. Y un poco más tarde, repetía esa misma idea en respuesta a noticias menos malas<sup>73</sup>: «Me satisface, querido hijo, que tenga explicaciones amistosas con el P. Lalanne: él tiene rectitud, y usted también la tiene; él quiere sinceramente el bien y usted también: ¡cómo no iban a entenderse! En cuanto a mí, espero que el corazón de uno y otro me hará esa justicia de no querer más lo que está bien, lo que corresponde al orden y lo que es más conveniente. Por lo demás, es un deber imperioso para mí, y el afecto que tengo por uno y por otro no debe hacerme doblegar. Experimento una gran pena cuando tengo que contradecir a alguno de mis hijos, sobre todo de los mayores».

Su pena no hizo más que aumentar de día en día. La imaginación del P. Lalanne, ante las dificultades crecientes, se exaltaba hasta el punto de inspirarle dudas respecto a la autoridad del P. Chaminade sobre él. Fundaba esas dudas en el singular pretexto de que la Compañía no estaba explícitamente aprobada, como asociación religiosa, más que por monseñor d'Aviau y, por tanto, sólo en la diócesis de Burdeos. A lo que el P. Chaminade se contentaba con responder<sup>74</sup>: «Usted parece dudar de mi autoridad paternal; pero entonces, querido hijo, ¿cuál es la suya en Saint-Remy, porque no he podido darle lo que no tenía?».

Siguiendo su extraño razonamiento, el P. Lalanne, embebido en sus ideas, y viendo al P. Chaminade como un obstáculo insuperable en su camino, formaba un proyecto de una temeridad extrema. Mientras Auguste y Collineau se inclinaban simplemente por retirarse de una Compañía que ya no les convenía, el P. Lalanne pretendía ser fiel a la Compañía, pero rehaciéndola a su modo, es decir apartando, sintiéndolo mucho, el obstáculo que no había podido superar. Dejó traslucir esta amenaza en una de sus cartas. Pero no quebrantó ni la longanimidad ni la firmeza del P. Chaminade. Decía al P. Lalanne<sup>75</sup>: «Sobre la terrible amenaza con que termina su carta no haré más reflexión que decirle que espero de la gracia de Dios que todas las amenazas posibles no me hagan nunca me hagan desviarme de lo que considero mi deber». El Lalanne no siguió un proyecto que no encontraba eco alrededor de él, pero continuaba con su hostilidad frente al Superior, que decía de él<sup>76</sup>: «El P. Lalanne está muy irritado; no discuto con él porque sería inútil, ya he discutido demasiado el último año».

Eran los primeros meses del año 1832. El P. Chaminade se levantaba de una de esas enfermedades que a menudo le probaban durante el invierno. Mientras en Saint-Remy el horizonte se ensombrecía cada día más, se formaban tormentas en todas partes y se acumulaban en la cabeza del fundador.

En Agen, en la casa que él habitaba, tenía ante sus ojos el espectáculo de una infidelidad lamentable. También ahí fermentaban algunas cabezas. Los maestros de escuela especial<sup>77</sup>, inflados con sus éxitos y su pequeño saber, mostraban un aire de suficiencia que era de mal augurio: eran rebuscados en su porte, despreciaban a sus cohermanos de las clases gratuitas, descuidaban sus ejercicios de piedad, y, sordos a los avisos de sus padre, se ausentaban incluso de sus conferencias con los más fútiles pretextos. No teniendo sujetos disponibles para reemplazar a estos indignos, el fundador se limitó a tener paciencia y gemir en silencio.

En esta misma época, supo que en Burdeos todo estaba consumado: Auguste Perrière y Jean-Baptiste Collineau rompían los lazos que les unían a la Compañía, y Auguste, que estaba todavía al frente del colegio Sainte-Marie de la calle Mirail, pedía con insistencia ser relevado de sus funciones y liberado de las deudas que pesaban sobre él. Las circunstancias de esta defección no eran menos dolorosas que la defección misma: el arzobispo de Burdeos no opuso ningún obstáculo, no hizo ninguna objeción y se prestó de buen grado a anular los votos de los dos religiosos. Les asistió con sus consejos y, como para afirmar su benevolencia para con ellos, nombró al P. Collineau canónigo honorario, colocándole así en el mismo rango que su Superior; le hizo incluso subir al púlpito de la catedral al día siguiente de su salida de la Compañía.

<sup>72</sup> A Clouzet, 19 de julio de 1831. *Carta 597, Lettres, t. III, p. 45.*

<sup>73</sup> A Clouzet, 5 de diciembre de 1831. *Entresacado de la carta 611, Lettres, t. III, pp. 98-99.*

<sup>74</sup> 26 de marzo de 1832. *Carta 617, Lettres, t. III, p. 123.*

<sup>75</sup> *Ibidem*

<sup>76</sup> Al P. Chevaux, 26 de marzo de 1832. *Error en el destinatario: es a M. Clouzet. Carta 618, Lettres, t. III, p. 126.*

<sup>77</sup> La escuela especial tenía alrededor de 100 alumnos, y se daba la enseñanza primaria superior. Las clases gratuitas tenían 400 alumnos.

Las intenciones del arzobispo eran rectas, ¿y quién podría dudarlo tratándose de monseñor de Cheverus<sup>78</sup>? Llegó de Montauban a Burdeos con fama de santo y seguía justificándola. Con razón o sin ella, se le atribuía menos simpatía por los religiosos que por el clero secular<sup>79</sup>. Ciertamente mostró muy poco aprecio de la Compañía de María. Es verdad que apenas la conocía, y eso en un momento desfavorable. El P. Chaminade, casi siempre ausente de Burdeos desde la muerte de monseñor d'Aviau, era para él un extraño. Al no oír más que las quejas de Auguste Perrière y el P. Collineau, podía creer que la Compañía era una obra abortada, y que el interés general autorizaba, exigía quizás su disolución, aunque sin resplandor ni escándalo. Sus consejeros más escuchados, y entre ellos el superior del Seminario mayor, el P. Hamon, compartían esta opinión<sup>80</sup>. Los actos del prelado respondían a la convicción que se había formado: de ahí su facilidad para desligar a Auguste y Collineau de sus compromisos. De ahí también su respuesta al P. Chaminade cuando, en la primavera de 1832, es decir en el momento en que se consumaba la separación de los dos asistentes, el fundador le presentó un joven religioso, Jean-Baptiste Fontaine, rogándole que le confiriese las sagradas órdenes. Monseñor de Cheverus objetó que la Compañía a la que el joven clérigo pertenecía era muy inestable, y manifestó grandes dudas<sup>81</sup>.

Abandonado por el arzobispo de Burdeos, el P. Chaminade ¿podía al menos contar con la benevolencia del obispado de Agen? Dios permitió que también este apoyo le fallase y que precisamente encontrase por este lado las contradicciones más sensibles.

Desde su llegada a esta ciudad, el P. Chaminade observaba idas insólitas al convento de las Hijas de María. Mientras que la Madre de Trenquelléon se había mostrado ávida de los consejos del fundador, la nueva Superiora se sentía celosa de tanta ingerencia por su parte. Empezó por exigir una liquidación de cuentas y una separación total de las finanzas del Instituto y de la Compañía. Su petición era legítima, y esta separación no podía ser evitada porque la situación financiera de los conventos de mujeres estaba bajo el control de los obispos. El P. Chaminade consintió sin hacer ninguna observación. Así pues, las cuentas fueron hechas y liquidadas el 3 de octubre de 1831<sup>a</sup>.

No era más que una escaramuza antes de la batalla, los preliminares de una separación más completa. En realidad, los golpes no partían del convento. Era un vicario, el P. Chambret<sup>82</sup>, quien, sin duda con loables intenciones, empujaba a las hermanas a sustraerse de la dirección del P. Chaminade para ponerse bajo la jurisdicción directa y única del obispo. Encontró un auxiliar en el confesor de las religiosas, el P. Serres<sup>b</sup>, hecho un tanto extraño teniendo en cuenta que el P. Serres hubiera entrado en la Compañía pocos años antes si no fuese porque le retuvo el obispo en su diócesis. Mons. Jacoupy, anciano y cansado, en 1825 había presentado su dimisión al Soberano Pontífice, y, aunque continuaba gobernando su diócesis por obediencia, cada vez era más fiel a su costumbre de dejar actuar a sus vicarios generales y no intervenir más que en los casos graves y

<sup>78</sup> Jean-Louis-Anne-Madeleine Lefebvre de Cheverus (1768-1836), nació en Mayenne, fue obispo de Boston en Estados Unidos, después de Montauban (1823) y arzobispo de Burdeos (1826). Fue promovido al cardenalato en el año de su muerte, 1836. Su *Vida* fue escrita por Hamon (París, 1867).

<sup>79</sup> Se alegaba sobre todo su actitud frente a las ordenanzas de junio de 1828, actitud que apenas a monseñor Jacoupy (carta del 12 de junio de 1828, en los archivos del arzobispado de Agen). Hamon explica esta actitud en su *Vida* del cardenal, p. 249.

<sup>80</sup> Esto se deduce de una conversación de monseñor Donnet con el P. Caillet, que es relatada por el P. Caillet en su carta del 13 de julio de 1838 al P. Chaminade. *AGMAR* 27.5.254.

<sup>81</sup> El joven en cuestión era de la diócesis de Beauvais. Llegó a ser uno de los miembros más distinguidos de la Compañía, y fue nombrado Asistente del Superior general en 1845. En 1832, sus exámenes de ordenación fueron tan brillantes que el Superior del seminario declaró que era digno de formar parte del cuerpo de profesores.

<sup>a</sup> *Error en la fecha. El final del conflicto con las Hijas de María tuvo lugar el 31 de diciembre de 1832, según lo cuenta el mismo P. Chaminade en la carta 659, de 11 de enero de 1833 al P. Caillet. Cfr. Lettres, t. III, pp. 219-220. Véase más adelante la nota 32.*

<sup>82</sup> Etienne Chambret, nacido en Marmande en 1788, dirigió a los primeros misioneros diocesanos fundados para la diócesis de Agen, y, después de su dispersión en 1830, fue nombrado vicario general por Mons. Jacoupy. En 1836, el obispo se separó de él porque, según se dice, su administración no era del gusto de todo el mundo. Nombrado párroco de Penne, pronto fue llamado a Notre-Dame de Agen y murió el 13 de julio de 1856 (Notas del P. Durengues).

<sup>b</sup> *Ortografía incorrecta: es el P. Serre, citado muchas veces en las cartas de Adela de Batz de Trenquelléon.*

urgentes. Es probable que al principio ignorase todo lo que se tramaba en relación con el convento de las Hijas de María.

La tormenta estalló en febrero de 1832. Hubo un desacuerdo de detalle entre el P. Chaminade y la Superiora, y ésta, a espaldas del fundador, pidió consejo en el obispado. Extrañado, el P. Chaminade le hizo unas advertencias paternales que tuvieron como consecuencia una viva intervención del P. Chambret. Desde el origen del Instituto, el fundador tenía costumbre de entrar libremente en el convento y de dar sus conferencias en la sala de los ejercicios. Para él era lo más natural y nadie se lo había criticado nunca ni ninguna autoridad había hecho al P. Chaminade la menor observación a este respecto. De repente, el P. Chambret se mostró escandalizado, y, en nombre del obispo, le intimó la prohibición de entrar en lo sucesivo en el convento sin autorización escrita del Ordinario y sin ser acompañado por algún sacerdote. Era lanzar un primer ataque a la autoridad del fundador sobre el convento.

«Si el P. Chaminade no domina su amor propio, debe estar muy apenado», dijo monseñor Cheverus al conocer el golpe<sup>83</sup>. Dominó tanto su amor propio que, durante quince días, guardó un humilde silencio. Escribió entonces a monseñor Jacoupy, no para quejarse, sino para pedirle que designase un sacerdote con el que se pudiese explicar, antes de decidir lo que exigían de él sus deberes de fundador respecto a una obra que se iba a desnaturalizar.

Mientras él escribía estas líneas, se presentaba un árbitro en nombre de la Madre San Vicente. Este árbitro no era otro que el P. Collineau, escogido por la Superiora, porque siendo director del colegio de Villeneuve, había hecho muchos servicios a las Hijas de María y había sido encargado de su dirección durante los viajes del fundador en el Norte. ¡Singular arbitraje, se podría decir, el de un hijo separado entre otros hijos insumisos y su padre común! Pero el P. Chaminade acogió a Collineau con su bondad habitual, aceptó su mediación y le rogó que se informase de lo que el obispo exigía de él. La respuesta recibida puso en evidencia el fondo del debate. Se le pidió<sup>84</sup> «que expusiese por escrito su doctrina sobre la jurisdicción del Superior general de la Compañía de María» en relación con el Instituto de las Hijas de María. Mientras se esperaba su respuesta, se le autorizaba a entrar, como en el pasado, en la sala de administración y en la sala de conferencias.

El P. Collineau, que consiguió ese primer resultado, tuvo en este asunto una actitud muy correcta. Esa actitud le era dictada tanto por la lealtad de su carácter como por su afecto duradero por el P. Chaminade y su buen conocimiento de la obra. Dio al obispado una opinión personal formalmente opuesta a las pretensiones del P. Chambret y la resumió, inmediatamente después de irse de Agen, en una larga carta al colega de Chambret, el vicario general Trincaud<sup>85</sup>. He aquí los pasajes esenciales<sup>86</sup>: «Permítame volver a nuestro asunto. Todo lo que he podido decir, pensar y oír, desde que le dejé en Agen, sobre las cuestiones que nos ocupan, me ha confirmado en mi sentimiento: Que un obispo que quisiera sustituir con su acción inmediata a la administración y a la dirección general de la Compañía sobre una comunidad (de Hijas de María) establecida en su diócesis, cambia esencialmente el espíritu de la comunidad, anula los votos emitidos.- Usted me dirá que las Constituciones no hablan de Superior general.- Pero si el Instituto de las Hijas de María ha comenzado con un Superior general, si ha recibido siempre su dirección, si tiene todos sus reglamentos y Constituciones de aquel mismo cuyos derechos de Superior general quiere ahora poner en duda, porque por prudencia no los ha puesto (lo que hubiera sido fácil hacerlo): el Instituto tiene un Superior general y veo que la querrela suscitada al P. Chaminade no tiene fundamento. Sin duda, el Superior general recibe su jurisdicción especial para cada comunidad del Ordinario del lugar; sin duda, el Ordinario debe velar para que no se introduzcan, por la falta que sea, abusos

<sup>83</sup> Carta del P. Collineau a Trincaud, 8 de marzo de 1832.

<sup>84</sup> Carta del P. Collineau al P. Chaminade, 6 de marzo de 1832. *Día equivocado, es del 1 de marzo de 1832, AGMAR 27.1.626*. Al final de su carta, el P. Collineau decía: «Al terminar esta carta, siento la necesidad de decirle que no se ha albergado en el espíritu de nadie la menor sospecha sobre la pureza de intención que le anima a usted».

<sup>85</sup> Gabriel Trincaud de la Tour, nacido en Lauzun (Lot-et-Garonne) el 12 de noviembre de 1790, comenzó sus estudios clericales en el seminario de Burdeos, y los siguió en su diócesis natal. Ordenado sacerdote en 1814, fue siempre empleado en la administración de la diócesis, primero como secretario y después como vicario general a partir de 1820. Murió el 17 de abril de 1853, estimado tanto por su capacidad como por su bondad y su humildad. Fue siempre el amigo sincero del P. Chaminade y sus obras.

<sup>86</sup> 8 de marzo de 1832. La carta está fechada en la Rochelle, a donde el P. Collineau había ido a predicar. El original se encuentra en los archivos del obispado de Agen. *Se puede ver un extracto de esta carta en Lettres, t. III, pp. 111-112, nota 3.*

contrarios a las santas reglas de la Iglesia. Pero rechazar para siempre y sin remisión la acción de todo Superior general para hacer que la comunidad pase a estar bajo la dirección especial del Ordinario, creo que es tocar lo esencial de un Instituto religioso y, por tanto, anular los antiguos votos para hacer un Instituto religioso nuevo. Y eso es evidentemente lo que se quería, mi querido P. Trincaud. Así lo ha reconocido formalmente el P. Serres, y me parece que es por él que ideas semejantes, pero mal entendidas, han entrado en la cabeza de estas buenas mujeres».

Ellas fueron tan adelante, que provocaron un nuevo estallido cuando parecía que todo estaba a punto de calmarse. En una conferencia que dio el P. Chaminade el domingo siguiente sobre la obediencia, no gustaron algunas alusiones a la autoridad del Superior general. Enseguida se vio denunciado en el obispado por «la turbación que creaba en los corazones». Al día siguiente, 13 de marzo, cuando se encontraba en la sala de la administración, para arreglar la salida de una religiosa, le entregaron una carta del obispado que contenía una nueva prohibición de entrar en el convento. Se retiró sin decir palabra.

La humillación llegaba a su cima. Abandonado de sus hijos e hijas, combatido por la autoridad eclesiástica, ¿iba a sufrir, como otros fundadores, un último ultraje, el de verse excluido de su propia fundación? Desprovisto de todo apoyo y consuelo, abrumado por el peso de las pruebas, no se debilitó y conservó su alma en la paz y la serenidad. En vano buscaríamos en su correspondencia el eco de una queja o la huella de un desfallecimiento. En sus relaciones con todos los que no eran actores del drama, no dejó ni tan siquiera sospechar las amarguras que había bebido. Los Hermanos que vivían alrededor de él ignoraban todo. No percibieron ni en su rostro ni en sus palabras ningún signo de la angustia que llenaba su alma<sup>87</sup>. Por muy afligido que estuviese, su confianza en Dios seguía siendo inquebrantable. Cuanto más le humillaban los hombres, más se humillaba a sí mismo, ofreciéndose como víctima de expiación por sus propias faltas y por las de sus hijos: ensangrentaba sus espaldas envejecidas con golpes de disciplina, hasta salpicar de sangre las cortinas de su alcoba<sup>88</sup>. A los que le compadecían, él respondía con sencillez<sup>89</sup>: «Dios lo permite, nosotros debemos callar», o bien<sup>90</sup>: «Como yo no quiero más que lo que Dios quiere, mi sumisión a las disposiciones de su providencia me deja una gran paz». Además, ¿podía considerar fortuita la coincidencia de tantas pruebas en el mismo momento? ¿No podía esperar de Aquel que las acumulaba en su cabeza el alivio y la liberación a la hora marcada por su sabiduría?

No tuvo que arrepentirse de este abandono filial en las manos del Padre celeste. Poco a poco vio serenarse un cielo cuya oscuridad le envolvía por todas partes y dispersarse una detrás de otra las nubes amontonadas sobre su cabeza. La última tormenta fue la primera en disiparse. Monseñor Jacoupy, que hasta entonces se había abandonado en el P. Chambret para todo este asunto, se dio cuenta de que su vicario general le había comprometido en una falsa vía. Iluminado por el P. Trincaud, tomó en sus manos el asunto y, como para darse a sí mismo un argumento a favor del P. Chaminade, pidió a este último que respondiese a ocho cuestiones que, en suma, le preguntaban sobre el puesto que él asignaba a la autoridad del obispo en el gobierno de su Instituto.

No fue problema para el P. Chaminade. Adivinó la intención benévola de monseñor Jacoupy, fiel a su antigua amistad, y le escribió, haciendo alusión a los hechos que habían motivado su segunda prohibición<sup>91</sup>: «Monseñor, he explicado al P. Trincaud los dos temas que han afligido a su buen corazón, y siento mucho que sea por mi causa. El P. Trincaud habrá expuesto a Su Ilustrísima que el domingo último yo me encontraba en el deber de lanzar alguna alarma a la comunidad. No he tratado ningún punto de discusión. Esto ha sido tan positivo que algunas han interpretado la ruptura de los lazos que les unían como los efectos que podía tener la revolución». Junto a esta carta su respuesta a las ocho cuestiones: el espíritu que le inspiró se encierra en las dos frases siguientes, respondiendo a las cuestiones dos y ocho. A propósito de la segunda cuestión, decía: «No, yo no tengo ningún título eclesiástico del que pueda emanar mi jurisdicción sobre el Instituto: no podría ser propia e independiente de la del obispo que es su causa y su fuente». Y en la

<sup>87</sup> Testimonio de Justin Dumontet, que estaba entonces al servicio personal del P. Chaminade.

<sup>88</sup> Testimonio del mismo religioso, Justin Dumontet: afirma también que las camisetas de franela del venerado fundador estaban cubiertas de grandes manchas de sangre. *AGMAR 17.4.300, p. 14.*

<sup>89</sup> Al P. Chevaux, 29 de marzo de 1832. *Carta 619, Lettres, t. III, p. 128.*

<sup>90</sup> Al P. Lalanne, 29 de mayo de 1832. *Día equivocado: es la carta 625, de 21 de mayo de 1832, Lettres, t. III, p. 151.*

<sup>91</sup> El borrador de esta carta no está fechado. Es de alrededor del 15 de marzo de 1832. *Carta 616, Lettres, t. III, p. 118; las citas siguientes son de las páginas 119 y 122.*



respuesta a la octava cuestión repetía: «¡Oh, no! No pienso que las religiosas puedan sustraerse de la autoridad de los obispos, sin poner en peligro su salvación, ni que, si ellas lo hiciesen, yo tendría entonces derechos personales para dirigir las, confesarlas, etc.».

El prelado agradeció al P. Chaminade sus respuestas y se declaró plenamente satisfecho, pero, para convencer mejor al P. Chambret, pidió al fundador que añadiese algunas aclaraciones, que obtuvo inmediatamente. No destacaremos más que un solo pasaje, en el que fácilmente se puede reconocer el espíritu de su autor: «Yo creo que si mis poderes no tuviesen en su origen esta fuente divina (la autoridad episcopal), la obediencia de las Hijas de María ya no tendría la *fé*<sup>92</sup> como fundamento, y los motivos de su obediencia no tendrían nada de religioso. Yo condeno cualquier otra doctrina».

Los más exigentes perdían todo pretexto para pleitear. Monseñor Jacoupy devolvió inmediatamente al fundador todos sus poderes, y se contentó con recomendarle, para no dar lugar a la crítica, que tomase algunas precauciones cuando entraba en el monasterio, pidiéndole que dijera expresamente a las religiosas la autoridad que tenía el obispo sobre ellas e imponiendo a la Superiora la obligación de no consultar al obispo a espaldas del director espiritual. Era confirmar pura y simplemente el estado de cosas anterior.

Por el lado de Burdeos, el P. Chaminade no podía esperar una solución tan rápida y feliz. Al menos tuvo la satisfacción de saber que monseñor de Cheverus se había decidido a admitir a la ordenación a Jean-Baptiste Fontaine. Lo agradeció al arzobispo y aprovechó esta ocasión para tratar de disipar algunas de sus prevenciones respecto a la Compañía. Le decía<sup>93</sup>: «La Compañía de María, ¿está en situación de caer porque se han retirado sus principales miembros? Por mucha estima que tenga del P. Collineau y de Auguste Perrière, no me atrevería a decidir si hay que mirarlos como principales miembros desde el punto de vista religioso, haciendo abstracción de sus talentos y de las funciones que tenían que cumplir. Sea cual sea la influencia que han podido tener en la Compañía, yo tengo razones para creer que esta brecha no socavará la Compañía ni la arrastrará. Su ejemplo podrá dañar momentáneamente a algunos menos fervientes. Los más regulares, considerando la Compañía de María como obra de Dios, no se verán en absoluto afectados por esta retirada con respecto a la estabilidad de la obra. Les creo además a los dos lo bastante discretos como para no tratar de perjudicar a sus antiguos cohermanos».

Efectivamente, el ejemplo de la deserción de los dos asistentes no tuvo, en la Compañía, la repercusión que se podía temer. En el Norte, se sabía poco de lo que sucedía en Burdeos y en Agen, y la mayor parte de los que recibían algún eco se apresuraban a buscar en su padre las explicaciones capaces de aclararles y fortalecerles. El P. Chaminade respondía a uno de ellos<sup>94</sup>: «No ha querido usted entrar en esas discusiones. Se ha atendido siempre a lo que está desde el principio y está regulado, y ha obrado usted bien. En las instituciones religiosas particulares sucede en pequeño lo que sucede en la Iglesia en general: ¡cuántas turbaciones, herejías y cismas en la Iglesia de Jesucristo! En la confusión que resulta de ello, ¡qué excelente medio tenemos de preservarnos de todo error uniéndonos a la Sede apostólica, al centro primitivo, la columna de la verdad!»

El P. Lalanne rindió el último las armas en Saint-Remy. Hasta la mitad del verano mantuvo frente al fundador sus sentimientos de desconfianza y oposición. Empezó a abrir los ojos cuando el P. Chaminade, por amor a la paz, consintió no en permitir lo que no podía autorizar, la independencia del director en materia de finanzas, pero sí en separar totalmente la administración del internado de secundaria y la del resto de la obra. Esta concesión tranquilizó al P. Lalanne y le permitió juzgar más sanamente a los hombres y las cosas. Sus sentimientos profundamente religiosos y su gran afecto al P. Chaminade volvieron a mandar en él. Sintió lo odioso de su conducta, experimentó un fuerte remordimiento y volvió a su padre con las disposiciones y el lenguaje del hijo pródigo. En una admirable carta del 17 de noviembre de 1832<sup>c</sup>, reconoció sus errores con una conmovedora humildad, pidió «perdón, mil veces perdón» y añadió: «No quiero más que una cosa en el mundo, el cumplimiento de la voluntad de Dios, y, en el orden de la Providencia, la voluntad de Dios se me debe manifestar por medio de usted».

<sup>92</sup> El subrayado es del propio P. Chaminade. *Carta 621, Lettres, t. III, p. 135.*

<sup>93</sup> Carta a monseñor de Cheverus, 21 de mayo de 1832. *Día ligeramente equivocado: carta 624, de 20 de mayo de 1832, Lettres, t. III, p. 145.*

<sup>94</sup> Al P. Chevaux, 25 de junio de 1832. *Carta 162, Lettres, t. III, pp. 162-163.*

<sup>c</sup> *AGMAR 27.1.635.*

Ya antes el P. Chaminade le había abierto los brazos diciéndole<sup>95</sup>: «Bendigo al Señor de que la religión haya podido más en usted. Había entrado por un mal camino; espero que la gracia consumará su obra. No crea que le atribuyo ninguna mala intención; no crea que mi confianza en usted ha disminuido. Sé distinguir bien la persona de sus ideas y de la obstinación en sostenerlas».

Su alegría era todavía más viva porque la vuelta del P. Lalanne tenía su repercusión en Agen. El P. Chaminade se lo hizo saber en estos términos<sup>96</sup>: «Las falsas ideas que la Madre Superiora de las Hijas de María se había formado desde su instalación se han disipado completamente. A pesar de mis muchas ocupaciones, le ayudo a reparar los daños considerables que los tormentos de su cabeza habían causado a su Instituto. Aunque todo parecía arreglado exteriormente desde el verano último, sobre todo con el obispado, quedaba todavía una mala semilla en la cabeza de la Superiora y, como consecuencia, en algunas Madres que pensaban como ella. La vuelta de usted a la subordinación y la carta que usted escribió a la Superiora del convento de Arbois han terminado abriéndole los ojos». Al P. Caillet le contaba<sup>97</sup> el episodio final del conflicto: «El pasado 31 de diciembre, en presencia de las Madres del consejo, hemos hecho una hoguera con nuestros escritos respectivos sobre este asunto. No hemos guardado más que el acta final. Antes de la ceremonia, la Superiora, con las Madres del consejo, me pidieron perdón; mientras ardían los papeles, la Superiora quiso decir con sus Madres el *Miserere*. Terminamos con la acción e gracias, *Ave maris stella*. Desde entonces, no nos ocupamos más que de reparaciones y renovaciones de orden y de fervor en los cinco conventos».

La Madre San Vicente había aprendido, en estos momentos penosos, a conocer mejor al P. Chaminade, su virtud y sus luces de lo alto. En adelante se unió a él con una confianza muy grande en contraste con lo que le había combatido, y, diez años más tarde, traducía así la profunda veneración que le inspiraba<sup>98</sup>: «Reconozco en estos consejos el espíritu de nuestro Buen Padre. Es un bálsamo para mi alma. No dudo de que Dios me pedirá cuenta de la gracia que me ha hecho, dándome este guía para dirigirme en el espíritu de fe».

Los dos institutos estaban salvados. Pero, una vez reafirmadas las bases del edificio, quedaba ocuparse de las amplias brechas abiertas por la sacudida. Escribía el fundador<sup>99</sup>: «¿Se recuperará la Compañía de los horribles golpes que ha recibido? Yo lo espero de la misericordia de Dios, pero la llaga estará sangrante durante mucho tiempo». Los tímidos se asustaban de ello. El P. Chaminade les tranquilizaba con palabras de fe<sup>100</sup>: «¿Parece que todo viene a la vez! Nuestro Señor parece que interviene extraordinariamente para ponernos en orden: nos castiga, pero para purificarnos. Hay que servirle de veras, querido hijo, y servirle no a nuestra manera sino como él quiere ser servido. Si golpea, no es desde luego para perdernos, y yo creo que la santísima Virgen, a la que pertenecemos tan especialmente, no lo permitirá». Más que nunca, recomendaba la unión, recordando a sus hijos las palabras de Nuestro Señor: *Necesse est ut veniant scandala*. Y añadía<sup>101</sup>: «Querido hijo, si permanecemos muy unidos por la dirección del espíritu de Jesucristo, bajo los auspicios de María, seremos muy fuertes; el infierno unido no podrá contra nosotros: *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et ipsa conteret caput tuum*; no se extraña de las dificultades».

La dificultad más urgente para arreglar en este momento era la situación de Auguste Perrière en Burdeos. Por amistad con el P. Chaminade, Auguste, desligado ya de sus votos, aceptó empezar provisionalmente el año al frente del internado, pero las deudas le preocupaban mucho con razón. Escribía el P. Chaminade a Saint-Remy<sup>102</sup>: «Auguste pide auxilio como un hombre que se está ahogando. Acabo de decir la misa. He puesto todo en las manos de san José, dotado de una prudencia sobrenatural tan alta».

Auguste Perrière no veía más que un solo hombre capaz de levantar y hacer prosperar el internado, el P. Lalanne. Pero este último ¿podía dejar Saint-Remy en medio de sus experiencias pedagógicas? Sin embargo, aceptó la propuesta que se le hizo, dando así a su Superior una muestra de su adhesión. Dejaría en Saint-Remy algunos buenos profesores, que estaban al corriente de su

<sup>95</sup> 29 de octubre de 1832. *Carta 646, Lettres, t. III, p. 192.*

<sup>96</sup> 23 de enero de 1833. *Carta 661, Lettres, t. III, p. 226.*

<sup>97</sup> 11 de enero de 1833. *Carta 659, Lettres, t. III, p. 220.*

<sup>98</sup> Al P. Chevaux, 15 de abril de 1845. *AGMAR 7.5.369.*

<sup>99</sup> A Lalanne, 12 de septiembre de 1832. *Es del 11 de septiembre de 1832. Carta 642, Lettres, t. III, p. 185.*

<sup>100</sup> Al P. Lalanne, 18 de febrero de 1833. *Carta 665, Lettres, t. III, p. 245.*

<sup>101</sup> Al P. Chevaux, 14 de diciembre de 1832. *Carta 555, Lettres, t. III, p. 209.*

<sup>102</sup> Al P. Lalanne, 19 de marzo de 1833. *Entresacado de la carta 674, Lettres, t. III, p. 267.*

método. Esta noticia dio al P. Chaminade nueva esperanza. Escribió a Clouzet<sup>103</sup>: «Me parece sentir de antemano la situación de paz y de calma en que vamos a entrar cuando se haya conjurado esta última tormenta. La augusta María habrá puesto en manos de su santo Esposo la conclusión de todos nuestros asuntos». Efectivamente, en Pascua de ese año 1833, el P. Lalanne vino la primera vez a Burdeos para preparar el cambio. En otoño tomó la dirección del colegio, manteniendo junto a él a Auguste como ecónomo.

La liquidación de las deudas era un punto muy delicado. Primero había que determinar la situación de Auguste Perrière que, hasta ese día, había metido en una misma caja sus rentas personales y los ingresos de la Compañía, y había contraído, a su propio nombre, préstamos para la Compañía. Auguste Perrière, inquieto por su futuro, pedía retirar no solamente sus aportaciones, lo que era conforme a los estatutos, sino también hacer valer en cierta medida su trabajo en la Compañía, pretensión que era contraria a la vez a los estatutos y al espíritu de la vida religiosa.

El P. Chaminade vacilaba entre el deseo de satisfacer ampliamente a todas las exigencias de Auguste Perrière y el deber de salvaguardar los intereses de la Compañía. Decía a David Monier<sup>104</sup>: «Miro este asunto más como asunto de Dios que nuestro. Toda mi ambición es no disgustar a nuestro gran Maestro». Personalmente inclinado a aceptar todo para acabar con el tema, dudaba sin embargo en aumentar así las cargas ya demasiado pesadas de la Compañía y también en hacer un acto que quizá sobrepasaba su poder. Monseñor de Cheverus, consultado por Auguste, se pronunció una vez más a favor de este último. El P. Chaminade creyó entonces poder ceder y dio la noticia a Auguste Perrière en estas líneas que muestran su mansedumbre y magnanimidad habituales<sup>105</sup>: «Experimento una gran satisfacción viendo que no habrá ya entre nosotros ninguna disputa y que podremos seguir viviendo en buena amistad. Usted sabe los profundos que son estos sentimientos en mi alma». Así trataba él a sus hijos infieles. Se podrá adivinar con esto la ternura que tenía para con los que no le abandonaban. Hasta el final conservó con Auguste relaciones muy estrechas y le encomendó encargos de confianza. Por su parte, Auguste Perrière seguía llamando a la Compañía de María *nuestra* Compañía<sup>106</sup>. Con el P. Collineau<sup>107</sup> tuvo menos intimidad, pero el afecto recíproco subsistió siempre. Fue el P. Collineau quien reivindicó el consuelo de dar el sacramento de la extrema Unción al maestro que nunca dejó de venerar.

Al mismo tiempo que se arreglaba con Auguste Perrière, el P. Chaminade desplegaba toda su energía para salir del atolladero de deudas en que se debatía desde hacía tiempo. Mandó en todas partes la más estricta economía, encargó a Dominique Clouzet de toda la liquidación, y le escribió lo siguiente<sup>108</sup>: «Hagamos grandes esfuerzos, desde luego con prudencia, pero efectivamente. El Señor nos ayudará: es el tiempo de redoblar el coraje para llegar al puerto que nos es presentado. Si el P. Lalanne hace remontar al colegio Sainte-Marie y si resulta la liquidación comenzada, la Compañía de María se va a consolidar y sobre todo se va a librar de esa carcoma que constituye tan gran obstáculo para su desarrollo... Hay que poner en ello el interés que se pone en evitar el golpe de muerte».

Llamando a la generosidad de todos sus hijos, no temió ponerles al corriente de lo que había pasado, y hablarles a corazón abierto en una carta circular fechada el 3 de diciembre de 1833, la primera de las que en adelante dirigirá de tiempo en tiempo a toda la Compañía<sup>d</sup>: «¡Hace tanto tiempo, queridos hijos, que vuestro anciano Padre hubiera querido romper el silencio! ¡Cuántas penas ha tenido que soportar! La salida de dos de los principales jefes de la Compañía ha afligido

<sup>103</sup> 23 de marzo de 1833. *Carta 676, Lettres, t. III, p. 270.*

<sup>104</sup> 7 de enero de 1833. *Carta 658, Lettres, t. III, p. 218.*

<sup>105</sup> 5 de noviembre de 1833. *Carta 709, Lettres, t. III, p. 338.* El acuerdo es del 18 de noviembre.

<sup>106</sup> Auguste Perrière dirigió hasta su muerte el internado de la calle Labirat, llevado antes por Estebenet. Murió en Burdeos el 15 de agosto de 1874, rodeado de la estima general. La mañana de su muerte, cuando nada hacía prever un desenlace tan rápido, había dicho a las personas que le rodeaban: «Es la fiesta de la santísima Virgen, me gustaría que ella me llamase hoy; es una gracia que le he pedido». Algunas horas después fue escuchado.

<sup>107</sup> El P. Collineau primero tuvo intención de dejar la diócesis y aceptar el ofrecimiento de su amigo el P. Gignoux, vicario de la diócesis de Beauvais. Al final decidió quedarse en Burdeos y recibió de monseñor Cheverus una de las mejores parroquias de la ciudad, la de Saint-Louis, en julio de 1835. Mantuvo su gusto por la predicación. Hizo varios viajes a Italia y España, y murió en Beirut durante una peregrinación a Tierra santa, el 28 de agosto de 1852.

<sup>108</sup> 24 de mayo de 1833. *Cita no textual de la carta 688, Lettres, t. III, p. 294.*

<sup>d</sup> *Carta 716, Lettres, t. III, p. 356.*

vivamente su corazón paternal, no por el temor de que la Compañía estuviese en peligro por su deserción, sino por el tierno afecto que tenía por ellos. ¡Eran tan antiguos! Collineau y Auguste eran miembros primitivos de la Compañía, ¡y habían renovado tantos años sus santos compromisos!... Durante todo el tiempo que ha durado la tormenta, me he creído en el deber de extender el velo de la caridad y de la amistad sobre todo lo que pasaba, y soportar solo el peso de mi aflicción. Pero hay un tiempo para callar y un tiempo para hablar». Y anunciaba a continuación el nombramiento de Caillet y Mémain para las funciones de jefe de celo y de trabajo, que habían quedado vacantes con la marcha de Collineau y Auguste.

Algunos días después, completaba su charla paternal invitando a sus hijos a tomar los medios aptos para consolidar la Compañía, a redoblar el fervor, el celo y la generosidad al servicio de María. En un lenguaje impregnado de un conmovedor abandono, les decía<sup>e</sup>: «Sólo vosotros podéis consolarme y hacerme feliz al menos en la tierra. La Compañía de María es realmente y en opinión de todos, una obra de Dios. Colocada especialmente bajo el augusto patrocinio de su santa Madre, no puede ser destruida más que por vuestras manos, y vuestras manos unidas».

El efecto de estos escritos en los religiosos fue considerable. Cuenta el propio P. Chaminade<sup>109</sup>: «Unos han tratado de consolarme de la pena que debía tener por la deserción de estos dos principales miembros y me han hecho nuevas manifestaciones de adhesión y de fidelidad a la Compañía. Otros han concluido que no deben fiarse de sus buenos sentimientos y deben vigilar siempre sobre ellos mismos. En general, a todos les ha gustado que les advirtiese del bien y del mal que había en la Compañía y de las precauciones que había que tomar para recobrar su fervor».

Por su parte, no descuidó nada de lo que podía contribuir a asegurar la estabilidad de la obra. El caso de Auguste Perrière le había alertado sobre la urgencia de publicar los estatutos. Sin demora, sometió las Constituciones a un nuevo examen para publicarlas lo más pronto posible. En el otoño de 1834, estaba lista la primera parte, que trataba del fin de la Compañía, de sus medios y de las virtudes exigidas a sus miembros. Era la que más importaba para la justa interpretación de los estatutos, y la promulgó sin esperar más, el 2 de octubre de 1834, acompañándola con algunas palabras sencillas y conmovedoras, dictadas por su corazón de padre<sup>110</sup>. Decía entre otras cosas a sus hijos: «No pienso más que en vosotros; no me ocupo más que de vosotros; mis fuerzas y mi vida se consumen por vosotros. Durante mi peregrinación en esta tierra de exilio, trabajaré en haceros felices en el tiempo y en la eternidad».

El envío de esta primera parte de las Constituciones no estaba ya fechado en Agen. El fundador acababa de emprender un nuevo y último viaje al Norte. Había consagrado cuatro años a sus obras del Midi y dos veces, en 1832 y en 1833, había reunido en Agen a las distintas comunidades. Les dejaba en una situación satisfactoria. Los retiros que les había dado con ocasión de las reuniones anuales le habían aportado mucho consuelo, como lo testimonia su correspondencia. Burdeos se levantaba gracias a la hábil dirección del P. Lalanne. Agen se había purificado y liberado de los malos religiosos de la escuela especial que tanto habían contristado a su padre y de los que ninguno, por un permiso de la Providencia, perseveró en su vocación. Había llegado el momento de que el fundador rodease con cuidados semejantes a sus hijos del Norte<sup>111</sup>.

\*\*\*\*\*

<sup>e</sup> Carta 720, *Lettres*, t. III, p. 365.

<sup>109</sup> A Clouzet, 31 de diciembre de 1833. Carta 719, *Lettres*, t. III, p. 362.

<sup>110</sup> La circular es del 8 de septiembre, pero el envío de las Constituciones está fechado el 2 de octubre, fiesta de los santos Ángeles custodios y aniversario de la fundación de la Compañía. *Cfr. Lettres*, t. III, pp.452-457.

<sup>111</sup> En los archivos del obispado de Agen, gracias a la amabilidad del canónigo Maurin, hemos podido encontrar una parte de los documentos que nos han servido para redactar el presente capítulo. Nuestras indagaciones se han abreviado por la amabilidad del P. Dubos, a quien expresamos nuestro agradecimiento.